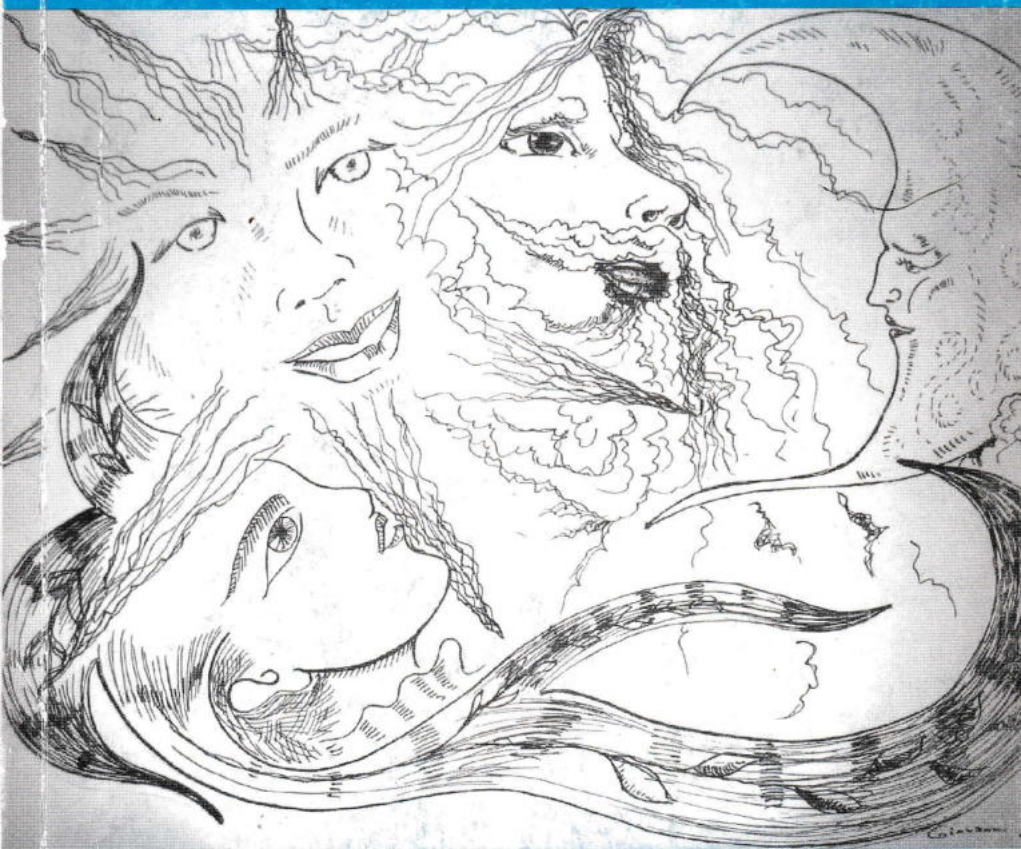


Senén de Jesús Acevedo



Canasta de
Cuentos mixtecos

*Canasta de cuentos
mixtecos*

CENTRO DE INFORMACIÓN
Y DOCUMENTACIÓN A.B.G.C.P. U.S.S.

Senén de Jesús Acevedo

Canasta de cuentos mixtecos

Senén de Jesús Acevedo

Primera edición: octubre 2002

Segunda edición: junio de 2005

Asesoría literaria, corrección de estilo y cuidado de la edición:
Cuauhtémoc Merino e Impresos "Libra"

Viñeta de portada: Giovanni Salazar Olivares

Diseño de portada: Gerardo Mendoza Castellanos

Ilustraciones:

Narciso Barragán Ortiz:	La Presa Yosocuta El Boquerón El Templo de La Junta
Zenón Villanueva Hernández:	El Cerro de las Minas La Peña Rajada El Jinete del Yucunitzá El Fósil de Tequixtepec
Giovanni Salazar Olivares:	En el País de Las Nubes El Yucunitzá La Laguna de Camotlán La Laguna Encantanda
Yadira Chávez Cruz:	La Laguna de Cuauhtepec El Cerro del Sombrerito La Gruta de Las Campanas
Senén de Jesús Acevedo:	El Cerro de La Soledad

Este libro fue editado con el apoyo del Fondo Municipal PACMYC
Huajuapán, emisión 2003

***En memoria del abuelo Luis,
que me enseñó a dar los primeros
pasos en el fantástico sendero
del cuento***

A mi padre , Magali, Itzel y Fily

Liminar

*Cuahtémoc Merino

A Mateo Emiliano Zapata
Y por supuesto, a Lola, Zaira y Bruno,
por nuestra aventura.

Escribo estas líneas no sólo por el aprecio que le tengo a Senén de Jesús Acevedo como amigo, sino también porque creo que tiene un gran compromiso como escritor *ñuu savi*, y como individuo, con las letras mixtecas, y por ende, oaxaqueñas, deseando que dé el *estirón* pues aún tiene muchas cosas que contar con su realismo fantástico que se cuela entre las rendijas de su *Yo mixteco*, aunque prefiero decir, su *Yo ñuu savi*.

En su *Canasta de cuentos mixtecos* incursiona en uno de los géneros más laboriosos, el cuento, creando un *totum* imaginario propio. Narra con desparpajo anécdotas y atmósferas verosímiles, chocarrerías, juguetonas, lúdicas y fantásticas con una prosa sencilla, fresca, sin poses ni falsas pretensiones y que sólo intenta responder al clásico *Cuéntame un cuento*, como nuestro autor le pedía a su abuelo, don Luis...

En sus quince cuentos va de la ironía, el sarcasmo y la risa, el guiño de una inteligencia a otra, como diría H Bergson, al antimperialismo *yanqui*. Senén, además de ser profesor fue *espalda mojada* y tal vez por ello se aferra a sus reminiscencias *ñuu savi* como en "El cerro de las minas", pasando por el erotismo, no hay *eros* sin *tanatos*, Freud *dixit*, la necrofilia, los temas del Tú, diría Jakobson, y la negación del amor como en "La presa de Yosocuta".

He visto el crecimiento literario de Senén de Jesús en un largo año de tallerear sus textos; he visto su férrea voluntad y su disciplina para mejorar ésta, su *opera prima*, y he visto cómo ha pasado del *kitsch* hasta llevar su literatura a niveles profundos, dolientes...

En su prosa hay hilachos de *El luto humano* y de *Pedro Rulfo*, guardando todísimas las proporciones, *of course*, de los juglares del México Profundo, *Pepe Re-vueltas* y *Juan Páramo*, de quienes ha abrevado.

En muchos de sus cuentos, paradójicamente, aparece el agua, recuérdese que La Mixteca es sinónimo de *Comala*, la luna y la noche, elementos primordiales de lo fantástico donde sólo los muertos pueden convivir con los vivos, como en "El Boquerón".

En los cuentos de Senén hay toda esa cosmovisión mixteca: el chamanismo, la brujería, la vacilación de los personajes y del lector, el miedo, los aparecidos y la geografía física y/o cosmogónica, como en el cuento del cerro de "El Yucunitzá".

Sus narraciones reflejan los temas del *Tú*, los monstruos destructivos, omnipotentes, sangrientos y criminales que todos, sí, todos, llevamos dentro, Drácula, Frankenstein, La Matlacihua, El hombre lobo, Polifemo, *et alii*, pero que también son amorosos, cachondos y ardientes como en "La laguna encantada".

Pero su Yo no escapa a las antípodas y su humanismo toma cuerpo, si se nos permite el símil, infancia es destino, decían los griegos, en forma de Cristianismo, por ejemplo, en "El cerro de la Soledad" o "El templo de La Junta".

La ambigüedad, la indecisión, el lenguaje escurridizo, el *tal vez*, el *quizá*, el miedo, lo extraño, los fantasmas, los animales mitológicos, es decir, las locuciones y los símbolos de lo fantástico encarnan con naturalidad en su prosa.

Así, Senén de Jesús ha incursionado en el arte más solitario, la escritura, y ahora ya no tiene mas que dos salidas: o domestica con rigor a su demonios o, sencillamente, lo devoran...

Cuautla Morelos Zapata, Primavera del 2005

*Escritor y filósofo

Balduino Flores

Nuestro autor nació en una comunidad donde la mayoría de sus habitantes se dedican a las actividades agrícolas, su hogar paterno se encontraba inmerso en la campiña, rodeado de cerros y árboles, acompañado de la sonata permanente del trino de aves, con la tesitura del murmullo del aire y de las cristalinas aguas del río. La casa de sus abuelos, espacio donde pasó su infancia, siempre tuvo como telón de fondo el trabajo agropecuario al cual nuestro autor nunca fue ajeno. Con la convivencia en el hogar tradicional mixteco, sobre todo en el momento de compartir los alimentos, no podía faltar como sobremesa el relato o cuento del abuelo, lo cual sirvió de germen a la imaginación de Senén de Jesús.

Pasados los años, hoy se desempeña como profesor de educación primaria, actividad laboral que le brinda la apremiante justificación para animar e inducir el gusto por la lectura a sus alumnos y en esa responsabilidad, aunada a su origen, ha encontrado en la narrativa y el cuento uno de los mejores instrumentos para cumplir con una parte de su misión profesional, pero también la práctica de estos ejercicios literarios le han permitido tener una comunión constante con su región y es aquí donde podríamos preguntarnos, ¿qué tiene el solar nativo que se lleva con él a todas partes? Senén de Jesús ubica su *Canasta de cuentos mixtecos* en el contexto de su cultura, de tal suerte que da vida a personajes míticos que en algún lugar del tiempo dieron origen a la otrora esplendorosa civilización *ñuu savi*; pero además, como un consumado amante de su tierra, intenta recorrer una mínima parte de su agreste geografía, mostrando así el talento de su imaginación en lugares muy conocidos y frecuentados por los habitantes de la región.

En esta segunda edición de su obra, el autor ha revisado su trabajo y lo ha mejorado desde la lexicografía y la forma hasta la estructuración de sus tramas; no se omite destacar que la primera edición tuvo una gran aceptación, que en poco tiempo se agotó.

El presente trabajo de Senén de Jesús tiene la virtud de recordarnos parte del gran paisaje geográfico de nuestra región lo cual nos invita a reconocerlos; así mismo se percibe que en la reseña de sus conversaciones descubre parte de la idiosincrasia de sus habitantes, no hay duda de que trabajos como el que está en sus manos, apreciado lector, contribuyen a enriquecer y fortalecer la esencia de nuestros pueblos, haciendo, a la par, la historia de los mismos. ¡Enhorabuena!

La Mixteca encierra hermosos lugares que me han fascinado por siempre, cada uno de ellos está envuelto en una historia de magia y verdad. La magia se guarda en su regazo, la verdad se refleja en sus ojos.

Si ya los admiramos, hemos descubierto un tesoro y si aún no hemos tenido la oportunidad de apreciarlos, es menester saber que ahí encontraremos la parte del espíritu que nos hace falta.

Muchas veces nos inquieta la tentación por conocer lugares famosos que se hallan fuera de nuestro marco regional olvidándonos, en tales aspiraciones, que tenemos lo nuestro y que por ahí debemos iniciar. Poco valor descubriremos en lo exterior cuando desconocemos lo interior.

De los lugares maravillosos surgen la verdad y la fantasía. Muchos de ellos son tan fantásticos que parecen extraídos del escenario de un cuento, y si son tan extraordinarios, ¿por qué no sustraerles lo mágico?

Canasta de Cuentos Mixtecos tiene el propósito de difundir un sentimiento regional por medio de la narración, con textos de prosa sencilla como sencilla es nuestra tierra y sencilla es nuestra gente.

Con todo cariño y respeto a mis cuentos los plasmo sobre la tibia superficie en la que me atreví nacer, disculpándome por incursionar indiscretamente en la fantasía de los bellos sitios que tanto quiero y admiro.

Expreso mi agradecimiento sincero a:

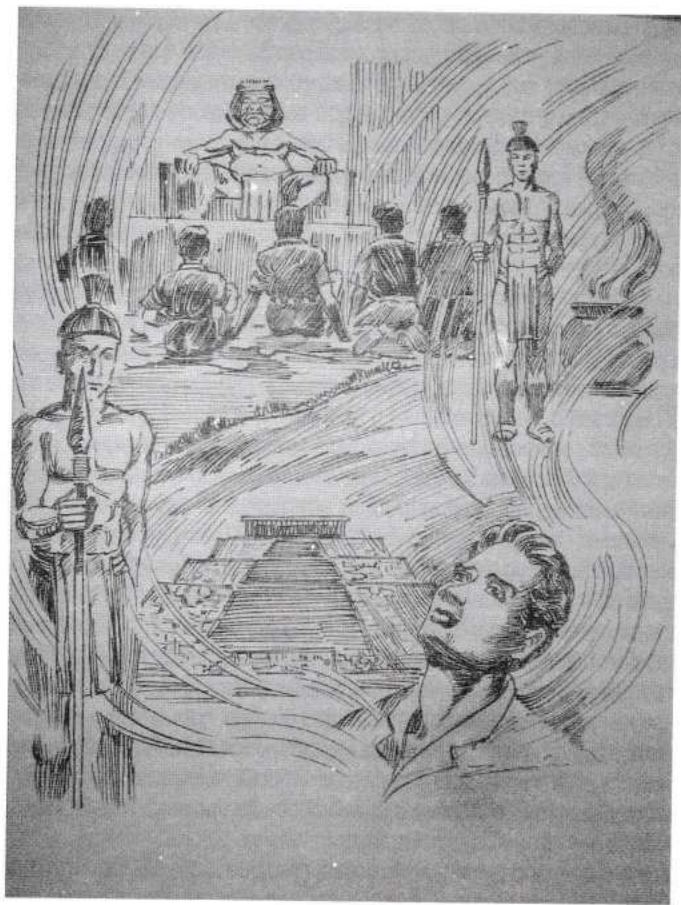
Guillermo Círiga Villagómez, Eva Hernández Tejeda, Laura Avendaño Bautista, Arcadio Francisco Rojas Rojas, Antelmo Ramírez León, Bernardo Barragán Salazar, Tony De La Cruz, Oswaldo Sánchez Soriano, Cástulo López Rojas, Familia Acevedo Ramírez, Familia Ramírez León, Narciso Barragán Ortiz, Giovanni Salazar Olivares, Zenón Villanueva Hernández, Yadira Chávez Cruz, al H. Jurado Dictaminador del Área del Programa de Apoyo a las Culturas Municipales y Comunitarias (PACMYC) emisión 2003, al Consejo Nacional para la Cultura y las Artes (CONACULTA) y a la Unidad Regional Huajuapán de Culturas Populares.

Para manifestar mi gratitud a Cuauhtémoc Merino Gallegos y a Balduino Flores y Flores, no hallo las palabras precisas...

El autor

1

El Cerro de las Minas



Hace varios años nos visitaron unos tíos que radican en la Ciudad de México. Estábamos en el desayuno cuando escuchamos en la radio un comentario acerca del Cerro de las Minas. A mi tío le interesó mucho lo que había escuchado porque ya tenía algunos años de no venir a Huajuapán. En el comentario dijeron que acudirían varios arqueólogos a realizar los estudios correspondientes, para que en pocos meses iniciaran los trabajos necesarios y así poder dejar al descubierto los vestigios de nuestra raza, que tenía guardados en su seno el tan cariñosamente nombrado Cerrito de las Minas. Al escuchar esto, recordé aquellas visitas que hacíamos al cerrito desde que yo era muy pequeño y entonces no sabíamos que se trataba de una zona arqueológica, pues sólo íbamos a contemplar la ciudad y a cortar guajes. Lejos estábamos de saber que caminábamos sobre algo maravilloso. Ahora ya sé de qué se trata.

A mi tío le molestó un poco que fueran a desenterrar las construcciones de nuestros antepasados, manifestó que era como profanar las tumbas de nuestros muertos y que sin duda removerían sus huesos que yacían tranquilamente ya desde hace varios siglos.

¡Ojalá no se enojen!, dijo mi tío.

Ese día decidimos ir al Cerro de las Minas con la idea de que probablemente sería la última vez que lo veríamos así, con su secreto guardado.

Nos dispusimos a salir inmediatamente mi tío, un primo, mis dos hermanos y yo. En el camino no comentamos otra cosa que no fuera lo que según nosotros iban a encontrar al excavar el cerrito. Mi tío, que era el más ilustrado, dijo que encontrarían pirámides y tumbas, nosotros los niños soltamos nuestra imaginación para que volara, mi primo mencionó que él venía de la capital y que no sabía nada de eso, mi hermano el más pequeño dijo que de seguro encontrarían puras piedras porque era cerro, mi otro hermano, como si ya lo estuviera mirando, aseguraba que hallarían oro y plata y yo, el hermano mayor, simplemente dije que en un lugar así sólo iban a descubrir ídolos y piedras grabadas.

No tardamos mucho en llegar a la cima del Cerrito de las Minas y lo primero que hicimos fue mirar la ciudad y buscar allá a lo lejos, nuestra casa. En seguida tomamos fotografías, después nos dispusimos a recorrer paso a paso el lugar. Mi tío nos dijo que viéramos por última vez al cerrito, así como estaba, porque después sería muy diferente y tristemente agregó: Estamos parados sobre lo más querido de nuestros ancestros. Nosotros con respeto visitamos este lugar sagrado, otros como ratas han rascado con sus ansiosas manos para buscar algo que puedan cambiar por sucias monedas y lo seguirán haciendo si no se les marca un alto, dentro de poco tiempo comenzarán los trabajos para descubrir lo que hay aquí. ¡Ojalá lo hagan a conciencia!

Seguimos observando y pensando cosas, creo que todos hacíamos lo mismo porque mirábamos el suelo con la mano en la barbilla. Cuando nos dimos cuenta, ya estábamos en lo que parecía la entrada de una cueva, se encontraba a un lado de las rocas, no la habíamos visto antes, en otras ocasiones pasamos por ahí y nadie recordaba haberla visto. Hicimos a un lado los arbustos que la cubrían y pudimos comprobar que en realidad era la entrada de una caverna. Como se trataba de observar, tomamos muy en serio la misión y comenzamos a entrar poco a poco. Más adentro la gruta se hacía más amplia y podíamos avanzar con facilidad de uno en uno. La ligera luz que daba el encendedor de cigarrillos que portaba mi tío sólo le permitía alumbrarse un poco. Él iba delante de nosotros, después los niños más chicos y yo atrás; mis manos de repente dejaron de

sentir la aspereza de las piedras y comenzaron a palpar paredes lisas. Más adelante percibimos que algo nos iluminaba, de seguro no era la luz del encendedor porque era diferente, como si la luz aquella viniera de dentro. Avanzamos, vimos que la iluminación aumentaba y pudimos apreciar que se trataba de un pasillo. Cuando nos percatamos ya estábamos al final de la galería, claramente pudimos observar una sala que tenía varias puertas, en cada lado de las entradas había una antorcha grande que no humeaba, nos llegaba un aroma a incienso, vimos que uno de los accesos se abrió y apareció una persona vestida tal como se pintan a nuestros antepasados en los libros, parecía un guerrero porque llevaba una lanza en la mano. Nosotros los niños tratamos de salir corriendo pero nos hicimos bola y caímos al piso. Nuestros ojos exageradamente abiertos esperaban ser apagados con la punta de la lanza de aquel hombre pero por suerte, ni siquiera intentó arrojarnos su arma, sólo hizo una señal para que nos pusiéramos de pie y habló en un lenguaje que yo no conocía. Me pareció que mi tío sí comprendió porque escuché que dijo algo.

El guerrero nos condujo por aquella entrada y llegamos a otra sala. Ahí estaba sentado alguien que parecía el máximo señor, a su lado había dos centinelas. Tan pronto como llegamos, de otra puerta salieron dos mujeres que llevaban unas pieles y las colocaron en el piso, en seguida se fueron. Aquel jefe nos hizo una señal para que nos sentáramos sobre de las pieles, así lo hicimos, después aquel señor comenzó a hablar en lenguaje mixteco muy antiguo y de vez en cuando mi tío contestaba. Al terminar de hablar, nuevamente aparecieron las mujeres, esta vez llevaban comida, carne orneada de venado y una deliciosa bebida; posteriormente, aquel jefe o lo que fuera, nos señaló las inscripciones que había en unas piedras y también nos mostró varias pieles finamente trabajadas que tenían signos y dibujos. En seguida se despidió de nosotros haciendo señales de que podíamos llevarnos las pieles que ocupábamos de asiento.

Salimos de aquella sala cargando nuestra piel y llegamos a la otra habitación. Ahí nos despedimos del guerrero. Yo como venía atrás, fui el último en despedirme de aquel señor. Fue poco el tiempo que estuvimos ahí pero tenía la sensación de haber estado todos los años de mi vida. Como si ahí hubiera vivido todo el tiempo y aquella gente tuviera mi sangre. Eso fue lo que sentí. Creo que aquellas personas también sintieron lo mismo porque se notaba la confianza en sus ojos y en su proceder. Aquel guardia se llevó una mano al cinto, desprendió un hacha pequeña y me la dio. Emprendimos la salida por el pasillo. Ya para llegar a la apertura, mi tío nos dijo que dejáramos la piel; obedecimos, salimos de aquel lugar y volvimos a colocar los arbustos en aquel acceso. Casi no se veía aquella abertura.

Subimos un poco, avanzamos hasta la sombra de un mezquite, ahí nos sentamos sobre algunas piedras y mi tío comenzó a decirnos lo poco que había entendido de lo que habló el señor allá adentro, bajo la tierra. Nos dijo que mencionó su propio nombre y el de su pueblo; además le contó parte de su historia. Lo que mejor entendió, fue que estaban tristes porque se iba a iniciar una batalla, que ya habían tenido varias pero que ésta iba a ser diferente porque sus enemigos eran más poderosos, gente pálida que vendría de allá, de allá de donde vienen los aires más fríos. Lo demás ya no lo entendió.

Sentimos sed, nos levantamos de las piedras, bebimos agua, nos tomamos otras fotografías y emprendimos el regreso a casa. A cada momento yo palpaba con suavidad el hacha que traía escondida entre mis ropas.

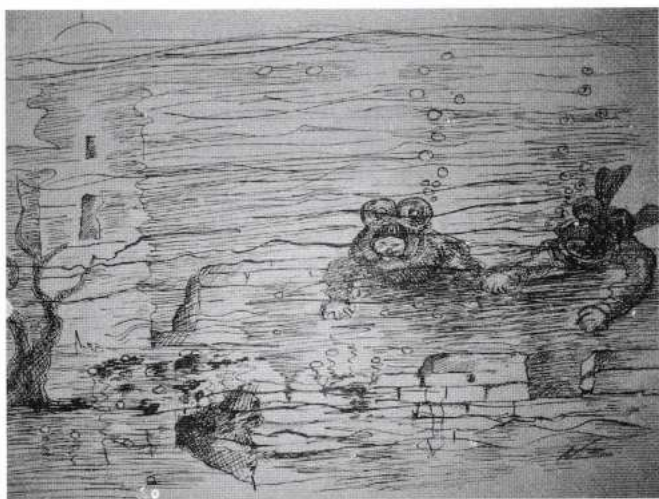
Llegamos y a nadie le contamos lo que nos había sucedido en el cerrito. Después lo haríamos. Al día siguiente mi tío y su familia regresaron a la capital. Pasaron varios meses y comenzaron a trabajar en el Cerro de las Minas, se veía mucha gente en las faenas mientras otros iban de visita y yo no quería ir porque me daba tristeza ver lo que hacían. No sabía por qué. Ahora sé muy bien por qué sentía eso.

Supe que conforme avanzaban los trabajos iban encontrando cosas que sacaban a la luz. También hallaron varias tumbas y algunas piedras con grabados. Decidí volver con mis hermanos una mañana. Todo era diferente y vimos maravillados cuánto había estado enterrado. Nos dirigimos al lugar donde aquella vez habíamos encontrado la entrada a la cueva. Ya no estaba. En su lugar quedaron al descubierto algunas construcciones ya restauradas. Tratamos de ubicarnos por dónde estaban aquellas salas y nos sorprendimos al descubrir que precisamente ahí, se habían descubierto unas tumbas. Sentí un breve estremecimiento y en seguida nos alejamos del nuevo Cerro de las Minas.

Al poco tiempo y cuando el Cerro de las Minas ya estaba convertido en una bella zona arqueológica, el gobierno dijo que por fin llegaría la modernidad. Se construyó a un lado y muy cerca, esa gran tienda "Burger..." no sé qué, donde se ofrecen hamburguesas y otros productos con la etiqueta "Made in USA". No tiene muchos días que visité las ruinas del Cerrito. De regreso me dieron ganas de entrar en esa tienda llena de cristales, con grandes y luminosos anuncios en inglés. Probé sus dichosas hamburguesas que en nada se comparan a lo que comimos aquel día bajo la tierra, así como no podemos igualar los objetos que venden con mi hacha que me dio aquel guerrero. En fin, había llegado la modernidad.

2

La Presa Yosocuta



La presa Yosocuta, según la temporada, viste a sus aguas con colores distintos, a veces transparentes como un amplio cristal, otras azules como el cielo, algunas tan verdes como la primavera y hay ocasiones que les da un tinte canela. Con ese fluido se riegan muchos terrenos y se abastece gran parte de la ciudad de Huajuapán. Esta laguna artificial encierra grandes misterios ya que sus aguas bañan el antiguo pueblo de San Francisco y que ahora se halla a un lado. En esta presa han muerto algunas personas que han retado el remanso de sus invencibles aguas.

El primero de noviembre, fecha en que se celebra el día de Todos los Santos decidí visitar este lugar en compañía de mi amigo José Luis y mi prima Teodora. Llegamos a las doce del día, nos dirigimos inmediatamente a contemplar sus azules aguas; después de observar la presa, hicimos algunos comentarios acerca de ella, posteriormente fuimos a uno de los restaurantes del lugar y nos dispusimos a saborear una deliciosa mojarra que en nada igualan las de otros lugares. En la mesa de junto, se hallaban tres turistas, dos mujeres y un hombre, al parecer eran asiáticos por su inconfundible aspecto físico.

Nuestros vecinos de mesa terminaron de comer casi al mismo tiempo que nosotros. Nos despedimos haciéndoles un ademán de provecho y ellos, amablemente correspondieron nuestro saludo.

Ya fuera del restaurante, aquellas personas se acercaron a nosotros y pronto supimos que dominaban muy bien nuestro idioma, nos dijeron sus nombres, el del muchacho Kim y las chicas Karen y Yang. Su país de origen era Corea del Sur. Después de platicar un buen tiempo, nos dimos confianza y José Luis se acercó más a Yang y yo sentí una fuerte atracción por Karen. Por lógica, Kim y Teodora no fueron la excepción. Como si lo hubiéramos planeado ya teníamos tan singular compañía. Por un momento ellos hablaron en su idioma y en seguida nos invitaron a realizar un recorrido en lancha, con gusto aceptamos inmediatamente.

Salimos a dar el paseo por la presa y el experto lanchero nos condujo a la Isla del Amor, a la Compuerta y a todos los lugares posibles. Dispusimos de buen tiempo para el recorrido. Cómo no íbamos a tomarnos todo el tiempo del mundo si estábamos muy a gusto con nuestra pareja. Yo ni por un momento me alejaba de Karen. Los otros hacían lo mismo.

Los dúos iban tan unidos en la lancha que no sentíamos ni el aire húmedo que rebotaba en el agua. Las manos de Karen no estaban frías, estaban tibias como tibio estaba mi corazón por palpar más rápido. Antes mi corazón estaba frío. Ella con su cabeza en mi hombro observaba con sus ojos rasgados el horizonte de mi tierra. Yo jamás había visto tan cerca unas perlas así. Son lindas, como linda es la piel de las coreanas que parece porcelana tibia.

En el trayecto, nuestros amigos coreanos nos hicieron una proposición que nos pareció maravillosa. Nos invitaron a bucear por la noche, dijeron que ellos traían todo lo necesario para hacerlo y que sin más entrenamiento que unos cuantos minutos, servirían para que nosotros, que nunca habíamos buceado, lo hiciéramos muy bien. Después salimos a la orilla y nos alistamos para tan extraordinaria proeza. El lanchero nos miraba con desconfianza y creo que pensaba que éramos unos locos, pero cuando Kim le dio un billete de varios dólares, cambió su semblante manifestándonos que contáramos con su apoyo y que juntaría a otros amigos para lo necesario. Así lo hizo. En lo que nosotros nos

alistábamos para la hazaña, el lanchero buscó a varios amigos y se pusieron a nuestra disposición.

Con la excelente cátedra de buceo y los más modernos equipos, no fue difícil asimilar los conocimientos necesarios para aquella misión. No cabe duda que nos gustaban las emociones fuertes o de plano no sabíamos lo que hacíamos.

Ya listo nuestro equipo nos dirigimos a las lanchas que esta vez llevaríamos en nuestra aventura. Eran a las ocho de la noche. Recuerdo que varios niños que jugaban en la explanada empedrada del lugar, al vernos, se acercaron curiosos, nos siguieron embobados hasta nuestras pequeñas embarcaciones y los lancheros les dijeron que no éramos otra cosa más que unos buzos extranjeros. ¡Qué buzos extranjeros ni qué nada!, por lo menos lo digo por José Luis, Teodora y yo. Nuestros amigos coreanos sí lo eran. Esa noche se corrió la voz por el pueblo de que habían llegado a la presa seis buzos extranjeros.

Nos subimos a las barcazas y en el punto indicado para sumergirnos, recibimos las últimas indicaciones. A las nueve en punto iniciamos nuestra máxima aventura. Nos desprendimos de las lanchas y ya en el agua, Karen me tomó de la mano como a un chiquillo y observé que lo mismo hizo Yang con José Luis y Kim con Teodora.

Los potentes reflectores que llevábamos en la frente fueron encendidos cuando llegamos al fondo de la presa y con su magnífica luz se iluminaba una buena parte del lugar que recorriamos. Claramente se veían las burbujas que se desprendían de nosotros al respirar, como también los ojos rasgados de nuestros acompañantes. Yo no sentía frío por tener a Karen a mi lado y porque estaba experimentado algo extraordinario. En ese momento recordé cuando era niño y mi mamá me llevaba de la mano a la ciudad. Allá abajo del agua de la presa no somos los mismos, tal parece que somos otros, pues dejamos de pensar en lo que siempre pensamos y a nuestra cabeza llegan otras cosas.

Seguimos avanzando tranquilamente en busca de las ruinas del antiguo pueblo de San Francisco que se quedaron sumergidas en el fondo de la presa. ¡Ahí estaban! ¡Todavía había huellas del pasado!

Nos acercamos a los restos de lo que fue el templo y lo observamos por varios minutos. Reinaba un completo silencio que hasta llegué a escuchar los latidos de mi corazón. Eso me hizo estremecer por algunos segundos y mi vista se nubló brevemente. De pronto sucedió algo que jamás olvidaremos: Sentimos una fuerte presión en nuestro cuerpo y un sonido extraño llegó a nuestros oídos. No supe en qué momento abracé a Karen.

La imagen de las ruinas del antiguo pueblo que teníamos en frente, había cobrado vida. Nos vimos junto a casas de piedra y adobe. El templo se veía tan firme con su cruz de madera en lo alto. Observamos a varias personas, adultos y niños que corrían como espantados, cuando los asustados éramos nosotros. Parecía que gritaban pero no se escuchaba lo que decían. Alguien se acercó a nosotros y por el movimiento de su boca observamos que decía algo que no escuchamos. A Kim le entregó un sobre.

Aquellas personas se veían cansadas y tristes como si estuvieran enfermas. En seguida todo se desvaneció en la obscuridad de las aguas que, ya para entonces, nuestros reflectores no podían dominar.

Los seis estábamos inmóviles. José Luis, Teodora y yo teníamos los ojos muy abiertos, a nuestros amigos coreanos no se les notaba mucho lo de los ojos, pero sí se veían asustados porque nos pusieron adelante de ellos como si fuéramos sus escudos.

Volvimos a sentir lo mismo, el ruido en nuestros oídos y la fuerte presión sobre nuestros cuerpos. Sin más espera, a la señal de Kim todos ascendimos rápidamente del agua.

Llegamos a las lanchas y pedimos a los lancheros que se dieran prisa para llegar a la orilla. Al salir de la presa, nos dejamos caer, los lancheros siguieron con sus preguntas que si esto, que si lo otro... decidí hablar, les conté lo sucedido en el fondo de la presa y sólo esperaron a que terminara de hablar para que soltaran una gran risa que me hizo parecer como un idiota.

Hablaron mis compañeros, tampoco les creyeron, se seguían riendo y nos miraban burlonamente. En eso estábamos cuando se acercaron varios señores y con ellos venía un anciano. Nos dijeron que habían estado al pendiente de nosotros por si algo se ofrecía. Los lancheros, que para entonces ya nos habían tomado cierta confianza, dijeron a los recién llegados lo que les habíamos contado. Creo que lo hicieron con la intención de que también se rieran de nosotros. El anciano escuchó muy atento y nos pidió que por favor fuéramos nosotros los que relatáramos lo sucedido. Nuevamente detallé mi historia y conforme lo hacía, mis compañeros afirmaban lo dicho con un sí o un movimiento de cabeza.

Al terminar la narración, el anciano dio por cierto lo que dije, afirmó que en realidad así como había descrito el pueblo, así fue y que él lo recordaba muy bien, entonces nuestro amigo Kim les mostró lo que le habían entregado allá en el agua y hasta ese momento supimos que el sobre contenía una fotografía. El anciano la observó detenidamente y después, con sus ojos muy abiertos, le lanzó una mirada extraña a cada uno de nuestros amigos. En seguida se las mostró a los demás, ésta vez no rieron, se miraron unos a otros y entonces sí que se sorprendieron. Los vimos que se santiguaron, se sacaron sus sombreros, uno que llevaba gorra también se la sacó; entonces pudimos ver con detalle la fotografía: en ella estaban plasmados tres jóvenes, dos mujeres y un hombre que portaban traje de baño y gafas oscuras.

Aquel anciano con su gente nos pidieron la fotografía a la vez que nos dijeron: "Son unos jóvenes que se ahogaron en la presa el año pasado, los recordamos muy bien... cómo no los vamos a recordar".

Exaltados se despidieron y muy a prisa se marcharon. Nosotros atónitos y mudos volvimos lo más rápido posible al vehículo de nuestros amigos coreanos; después, sin hablar de aquel asunto, regresamos a la ciudad. En el trayecto no comentamos lo sucedido en la presa. Sólo hablábamos de nosotros. Desde que subimos al automóvil nadie soltaba a su pareja, incluso Kim que era el conductor traía muy cerca a Teodora.

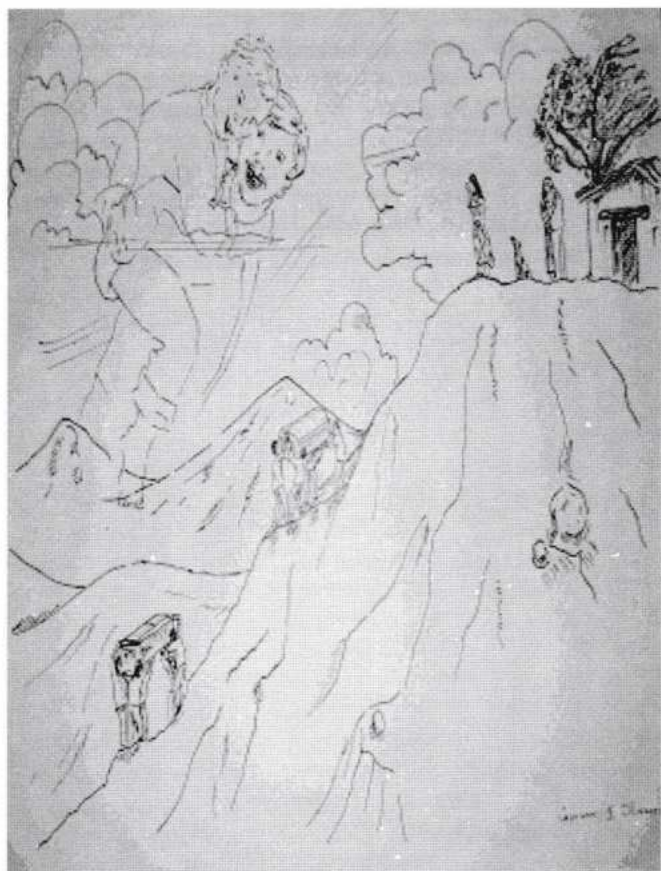
Aún en el cómodo auto por un momento sentí frío, cuando pensé en qué sería de mí si ya no viera a Karen, rápidamente la abracé. No quería perderla. El vehículo ya no avanzaba. Estaba detenido bajo las sombras de unos sabinos. No muy lejos se veía la luz de la luna. Nuevamente volví a sentir la suavidad de un cuerpo de porcelana tibia. Ella me dijo palabras que germinan en lo más escondido del corazón y que es imposible sacarlas de ahí. Yo también le dije algo que brota de lo más oculto del sentimiento. No sentimos en qué momento llegamos y qué tiempo habíamos permanecido sin darnos cuenta.

Teníamos que despedirnos esa noche y acordamos en reunirnos al día siguiente a las once de la mañana. Quedamos de vernos en el zócalo de la ciudad. Habíamos hecho planes. Un gran proyecto de vida.

Al otro día a la hora señalada, José Luis, Teodora y yo, acudimos puntuales y emocionados a la cita. Esperamos mucho tiempo. En seguida dimos vueltas y vueltas por el zócalo y nuestros amigos no se presentaron. Decidimos visitar el hotel, donde los dejamos esa noche, para preguntar por ellos. Nos dijo el encargado que a él le tocaba el turno del día y que no sabía nada. Ya muy tarde, tristes y decepcionados por no ver a nuestros amigos, decidimos despedirnos e irnos a casa. Por la noche volvimos al hotel y para mala suerte, el comisionado de ese turno era nuevo y no supo responder nuestras preguntas. Quiso apoyarnos revisando las hojas de control, pero para colmo de males, la hoja de datos de la noche anterior había sido desprendida. Sólo trocitos de papel eran mudos testigos de lo que hubo ahí. En ese momento observé que junto a un calendario se hallaba una fotografía. Solicité permiso para verla bien y el encargado del hotel amablemente me la mostró. Mis amigos se acercaron para observarla. Sonreímos alegremente al apreciar que los del retrato eran Kim, Yang y Karen. Estaban en traje de baño. En ese momento sentí un fuerte frío, como si alguien me hubiera arrojado agua helada. La ropa de nuestros amigos era idéntica a la de los tres jóvenes de la fotografía que vimos en La Presa.

3

En el País de las Nubes



Esta vez me hallo en la cima de la montaña más alta, aquí en el País de las nubes donde casi se toca el cielo. Estoy admirando lo que hubo hace tiempo, una casa confortable de adobe y piedras, con techo de tejas y que realzó en su momento la imagen de este paisaje. Hace tiempo, junto a esa casa, sobresalían varios árboles y en un espacio, el corral de las cabras y las ovejas.

Fue en aquel momento cuando la luz del día dominaba poco a poco la oscuridad de la noche y las gallinas con gran alboroto se desprendían de las ramas de los árboles porque el gallo dominante, sobre la rama más alta, cantaba con fuerza ordenando a todos, que la hora de iniciar un nuevo día había llegado. Las cabras y las ovejas balaban remolineándose en el corral y los perros ladraban como queriendo hacer coro en aquel ambiente.

De la cocina y por el tejado, salían gruesos hilos de humo con aroma de encino, pues ya doña Cleotilde arrojaba rajadas de leña al fogón. Alicia, su nuera, aunque casi cumpliendo los nueve meses de embarazo preparaba sobre el metate la masa para las tortillas y fuera de la cocina, don Juan sudaba ya moliendo el nixtamal del día en su molinito de mano; Ramón, esposo de Alicia, hijo único de don Juan y doña Cleotilde se había ido muy temprano al pueblo que está allá abajo de la montaña. De pronto, Alicia dio un quejido, se llevó las manos al vientre y exclamó: ¡Creo que... ha llegado la hora!

Iba a nacer el niño que tanto habían deseado.

El bebé nació callado y doña Josefa, la matrona, le propinó una nalgada para que comenzara a tomar aire, según ella. Inmediatamente el recién nacido comenzó a llorar muy fuerte, la partera había notado que aquel niño no era igual a los demás, pero no dijo nada y terminó su trabajo. El niño siguió llorando y después de un rato se calmó. Las mujeres hicieron pasar a don Juan y doña Josefa con voz melancólica les dijo: Miren, no lo vayan a tomar a mal, el chiquillo no está bien, nació con una piernita suelta, a lo mejor por eso lloró tanto, pero no se espanten, con el tiempo se irá componiendo.

¡Cómo que mi hijo no está bien!, manifestó sorprendida la nueva mamá.

Sí mujer... pero no es grave, replicó la partera con tono consolador, tu hijo se pondrá bien, ya lo verás; así ha pasado con varios y luego se componen. Todos se tranquilizaron con las palabras de la anciana.

Cuando llegó Ramón, el nuevo papá, le comunicaron lo que había pasado y con calma le explicaron lo del pequeño. Esa noche el bebé lloró mucho y en la madrugada se calmó. Pareció que todos durmieron un poco pero no lo hicieron. ¿Quién iba a dormir en esas condiciones, cuando tanto se desea un hijo y al hijo se le ve sufrir?

Comenzó a correr el tiempo de manera normal y el niño, a quien llamaban Marcos, en ocasiones lloraba mucho, a veces poco y otros días no lloraba. Sus padres estaban tristes, esperaban que con el tiempo su criatura fuera normal. El miedo a escuchar que lo de su hijo era incurable, no les permitía llevarlo al médico.

El tiempo seguía su curso y Marquitos dejó de quejarse. Los padres se tranquilizaron un poco y su gran amor al pequeño no les permitía aceptar que a su hijo no le crecía una pierna de forma normal. Los abuelos insistían que su nieto estaba mal. A tanta insistencia y venciendo el miedo, lo llevaron con el médico del pueblo quien les dijo que con los años se iba a normalizar la pierna. Pero no fue así. El muchacho siguió creciendo con su mal. Lo curaron varias personas pero de nada sirvió.

Los años pasaron muy rápido y Marquitos ya tenía cinco años y aún no podía caminar, se apoyaba con una muleta, su papá lo llevaba cargando al pueblo a escuchar misa o en los días de fiesta, pues tenía miedo montarse en los burros y en los caballos.

De vez en cuando, Marquitos platicaba y jugaba con los niños que llegaban del pueblo a comprar quesos. Era un buen chico. Los chiquillos le platicaban que ya iban a la escuela y le hablaban de los libros, los cuadernos, los dibujos, del recreo y los amigos. Marquitos se entusiasmaba cuando escuchaba eso. No fue necesario convencer a su padre para que lo llevara a la escuela. El papá sabía que sería difícil llevarlo desde la cima de la montaña hasta el pueblo, pero, sin duda, lo haría porque sentía un gran amor por su hijo. Por las mañanas, lo bajaba cargando en la espalda y por las tardes de la misma manera lo subía por el cerro hasta su casa. Marcos era muy inteligente, pronto aprendió y sus papás, con su gran amor, lo seguían comprendiendo.

A sus nueve años seguía yendo a la escuela aunque con el mismo defecto corporal, pero una tarde su padre, al ir por él al pueblo, escuchó que a ese lugar había llegado un buen médico que curaba los huesos. Inmediatamente se presentó ante él y le planteó el problema de su hijo.

El muchacho fue revisado, ¡había una esperanza! Se le podía implantar un injerto de hueso a su pierna para que ésta recuperara su tamaño normal, sólo había un inconveniente, ¿Dónde conseguir un hueso fresco? Tendrían que esperar a que un niño de su edad muriera para poder obtenerlo. Marquitos decía: Aunque mi mayor ilusión es la de ser como los demás, caminar y correr como ellos lo hacen, no quiero que ningún niño muera así tenga que vivir incapacitado para toda mi vida.

Marcos siguió por mucho tiempo en la lista de espera de un donante y en nueve años, desafortunadamente murieron varios muchachos, pero ningún familiar de los fallecidos aceptó que a su ser querido le arrancaran parte de su cuerpo.

El padre de Marcos estaba desesperado. El deseo de ver a su hijo como los demás con sus dos piernas completas, se había convertido en una obsesión. Ya llevaban mucho tiempo esperando. Aquel niño que cargó en la espalda para llevarlo a la escuela, ya tenía veinte años y seguía así como él no quería verlo.

¿Por qué nuestro hijo tiene que vivir así?, le preguntaba a su esposa y los dos lloraban en silencio.

No soportaban ver así a su hijo y cada noche oraban para que ocurriera un milagro.

Ramón visitó nuevamente al médico en la ciudad como lo venía haciendo cada veinte días durante todo aquel tiempo y recibía las mismas palabras: "Hay que seguir esperando". En seguida hizo una pregunta que cambiaría el destino y apuraría la cura. Mencionó que si sus huesos podrían servir para su muchacho. El médico observándolo detenidamente contestó que sí.

Por la mente de Ramón cruzaba cierta idea. Regresó a su casa, allá en la cima de la montaña. Esa noche no durmió, ¿tramaba algo? Sólo él lo sabía.

Al amanecer platicó con su esposa todo lo relacionado con su hijo y le expuso que al día siguiente, tenían la ansiada cita con el médico en la ciudad. Muy contento manifestó que ya habían encontrado donante; sin duda era una mentira que Lucía, su esposa, no detectó.

Al otro día, Ramón y Marcos se despidieron de su familia y partieron con rumbo para la ciudad. En un momento, de la cara del afligido padre rodaron algunas lágrimas que el hijo no observó.

Llegaron a la ciudad e inmediatamente se dirigieron al hospital donde se quedaría Marcos. Ramón habló con el médico y le informó que su hijo se hallaba en el sanatorio porque ya tenían al donante del hueso, el cual venía en camino y que ellos se habían adelantado para que pudieran preparar a su muchacho. El médico muy extrañado, le hizo muchas preguntas y al ser satisfactorias las respuestas, se convenció.

Comenzaron los preparativos para la intervención de Marcos, análisis clínicos, firmas... ¿Y el donante dónde estaba? Ramón se acercó a su hijo, le dio un beso en la frente y salió muy rápido del hospital.

El joven ya estaba preparado para la cirugía, sólo esperaban a la pieza ósea que llegaría en cualquier momento.

El padre, en otra clínica cercana, se hallaba en el quirófano donde le sustraerían un riñón. Con ello pagaría el implante de su hijo.

Junto a él, había intercambio de miradas incomprensivas. No podían creer que hubiera gente capaz de dejarse sacar uno de esos órganos con el fin de obtener dinero para sostener sus vicios. No sabían la verdad. Ellos cumplían con su deber ignorando el verdadero motivo de aquel hombre.

Ramón, no resistiendo esa dura prueba, dejó de existir ante aquellas miradas llenas de incomprensión y frialdad.

Marcos, como si en su inconciencia por la anestesia hubiera sentido el sacrificio que su padre hizo por él, no pudo más.

Y allá abajo por el lomo de la montaña, aquí en el País de las nubes, por donde el padre cargaba a su hijo enfermo, subieron dos ataúdes, inseparables, ascendiendo hasta el más allá, buscando una puerta del cielo que sin duda la encontraron.

Las ruinas están aquí. Todavía se percibe ese olor a encino y abajo de estos dos montículos de piedra, está escrita esa historia.

Ahora, me doy cuenta.

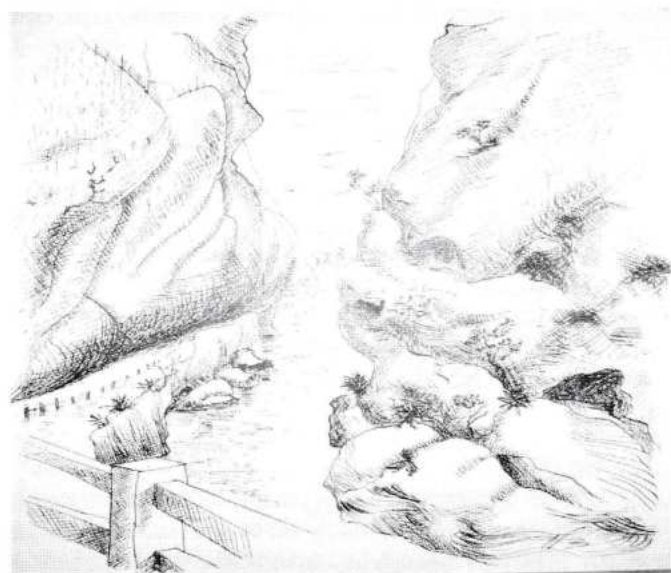
Debo bajar pero no puedo. Sólo escucho el alboroto de animales y voces de personas, risas, llanto, gritos, lamentos.

Quiero seguir pero a mi prótesis se le ha despegado una correa.

En este momento recuerdo muchas cosas. Siento la tosquedad de las manos de doña Josefa, escucho el canto del gallo dominante sobre la rama más alta y el alboroto de las cabras, las ovejas y los perros. Ahora no quiero bajar, prefiero subir, pero estoy en la cima de la montaña. Mis ideas me abandonan y siento el cuerpo dormido.

4

El Boquerón



El catorce de febrero, varios compañeros de la escuela y yo, decidimos ir de excursión a uno de los maravillosos lugares que tiene la Región Mixteca: El Boquerón, orgullo de Tonalá. No lo conocíamos y por eso estábamos muy emocionados. Se dice que cada vez que se visita esta obra de la naturaleza, se descubren cosas nuevas y el misterio crece. Qué buena elección habíamos hecho.

Llegamos a El Boquerón a las nueve de la mañana. Teníamos tiempo suficiente para recorrer tranquilamente cada uno de los rincones de este hermoso lugar. Comenzamos por el puente y con precaución, bajamos por la escalinata y avanzamos por el pasillo de barandal naranja.

Qué emoción se percibe al estar allá sobre la falda del cerro, en el corte perfecto que ha realizado el agua para abrirse paso. Creo que el agua tiene pensamiento y lo digo por lo que ahí ha hecho. Yo sé que pienso pero nunca podría partir un cerro para abrirme camino, pero en cambio el agua, lo ha hecho. No creo que le haya costado mucho. Yo con mis manos no lo podría lograr.

Llegamos al final del pasillo y ahí dejamos nuestras cosas para poder explorar cómodamente aquella fantástica zona.

Observamos el río que parecía ser una mansa serpiente y que en otros meses se transforma en bramante dragón que embate. Miramos a lo alto. Por la falda del cerro había varias cuevas que nos retaban a explorarlas. De vez en cuando el aire quería asustarnos con su potente rugido de gigantesco cañón pétreo.

Conmovidos apreciábamos El Boquerón cuando escuchamos la voz exaltada de nuestro jefe de grupo. ¡Vengan pronto, miren lo que hay aquí!

Todos corrimos al lugar indicado y cuando contemplamos aquel hallazgo, inmediatamente mi imaginación voló al pasado, con mi gente, aquella raza que nos dejó un mensaje en sus grabados y que aún no hemos podido descifrar. Mi mente estaba entregada en esos pensamientos cuando escuché que Lucía gritaba: ¡No está Paty! ¡No está Paty! Ya la busqué y no aparece por ningún lado.

En ese momento nos lanzamos a la búsqueda, divididos en grupos de cuatro. Lucía, Mariana, Carlos y yo formamos un equipo. Nos tocó por el lado de la cueva más grande. Si Paty, la extraviada, fuera alpinista, sin duda hubiéramos pensado que por ahí se había ido. No necesitamos de tanto tiempo para pensar lo contrario. De repente, vimos que allá en la entrada de la cueva, estaba la ingrata de Paty. Hacía señas y nos gritaba que fuéramos con ella. En un momento pensamos que estaba loca, ¿cómo íbamos a subir si no teníamos lo necesario para hacerlo? Ella seguía insistiendo y nos señaló algo que se hallaba tras unos arbustos. ¡Por ahí!, nos gritó.

Fuimos al lugar indicado y se nos hizo raro observar una escalera de cuerdas.

Por aquí subió esta atrevida, manifestó Lucía muy enfadada.

Yo voy a subir pero nada más para darle su merecido, agregó Mariana.

La cuerda se notaba segura y el ascenso a la cueva no se veía difícil. Comenzamos a trepar como verdaderos alpinistas y en poco tiempo ya estábamos reprendiendo a la traviesa de Paty. Ella en vez de molestarse, nos dijo: Déjense de regaños y entremos en la cueva, ya le eché un vistazo y no se imaginan lo que van a observar.

Nosotros le dijimos que avisaríamos inmediatamente a nuestros compañeros para que se tranquilizaran. Ella recalcó que no era para tanto y que sólo tardaríamos unos minutos. No supimos cómo nos convenció.

Lentamente comenzamos a introducirnos en la cueva, perdimos la noción del tiempo y de que teníamos serios problemas. Había un fuerte olor extraño, vimos que nuestra presencia asustó a demasiados murciélagos los cuales salieron volando y tuvimos que arrojarnos al piso para no salir lastimados. De nada sirvió porque varios animales se prendieron en nuestras ropas y sentí que mordían mi cuerpo. Los fuertes chillidos de esos mamíferos alados nos aturdían y en mi lucha con ellos pude darme cuenta de que a Paty no la atacaban. Mis otros compañeros Lucía, Mariana y Carlos, se retorcían como yo luchando con aquellas criaturas de la obscuridad. De repente, en medio de aquella lucha, escuchamos un fuerte sonido del aire que rugió dentro de la cueva y al instante los murciélagos se fueron. Aturdidos, quisimos escapar de aquel lugar de la manera más inmediata pero no pudimos. En ese momento se iluminó la caverna con una luz muy clara que emitía la lámpara que llevaba Paty. Con esa claridad se podían apreciar grabados misteriosos en las paredes. Más adentro había una especie de escalinata de piedra por donde empezamos a bajar. Había mas grabados. Al terminar el descenso, estaba una pequeña explanada y en el contorno de ésta, pudimos observar esqueletos humanos. Fue entonces cuando nos agarramos de las manos, menos Paty que seguía al frente dirigiéndonos. Ella se movía por el lugar como si ya lo conociera desde mucho tiempo atrás. Sin duda así era. Lucía, Mariana y Carlos parecían asustados, y por supuesto yo también, aunque aparentaba tomar las cosas con calma. Paty nos hizo señas para seguirla por un pasillo angosto que seguía más allá de la cueva. No teníamos más alternativa que hacer lo que nos pedía. No habíamos avanzado mucho cuando comenzamos a oír el murmullo del agua. Hasta ahí pudimos hablar.

¿Escuchan eso?, les dije a mis compañeros.

Ellos muy entusiasmados me contestaron casi al mismo tiempo con un movimiento afirmativo de cabeza.

Es un arroyo, dijo Carlos.

A lo mejor ya llegamos a la salida, agregó Mariana.

Lucía esta vez permaneció callada.

Seguimos avanzando con más rapidez hacia el origen de aquel ruido de agua. Conforme avanzábamos, iba disminuyendo la luz de la lámpara de Paty hasta que predominó una total obscuridad. De repente resbalamos y caímos de golpe en el agua, allá adentro de la cueva. Claro y fuerte escuchamos el ruido que hicimos al caer sobre aquel arroyo subterráneo. Las aguas nos arrastraban a su antojo. Sólo escuchábamos nuestros gritos y el fuerte eco del túnel. El eco era ensordecedor. Estaba aterrado, pensé que era mi fin.

Nuestro martirio en las aguas no duró mucho tiempo, aunque pareció una eternidad, porque de repente las aguas hicieron como un fuerte remolino y salimos impulsados hacia arriba. Observé a mi alrededor y pude mirar a mis compañeros que como yo, nadaban en una amplia poza del río. Paty no estaba.

Salimos a la orilla y claramente podíamos observar las pequeñas heridas que allá adentro de la cueva, nos habían ocasionado los feroces murciélagos.

Íbamos a dialogar sobre lo sucedido, cuando a unos pasos aparecieron los otros compañeros y ahí también venía Paty. Tan pronto llegaron empezaron los reproches. Ustedes aquí jugando en el agua y nosotros buscándolos. Primero buscamos a Paty y luego a ustedes, ¡ya ni la hacen!, nos dijo el jefe de grupo muy molesto.

No entendíamos por qué nos hablaban así. Sentimos ganas de estrangular a Paty por lo que nos había hecho y por lo que nos culpaban. Vimos que Lucía, muy furiosa, se lanzó contra Paty, la tomó fuertemente del brazo y la sacudió con la intención de golpearla y le dijo: ¡Por tu culpa! Después de que nos convences a meternos en la cueva, nos abandonas allá adentro y estás aquí paradota tan tranquila.

Paty no sabía qué decir.

¿Qué estás diciendo Lucía? ¡Estás loca o qué tienes!, manifestó el jefe de grupo que para ese entonces ya estaba verde de coraje. ¡Qué cueva ni qué nada! Lo que pasa es que se van por ahí y luego inventan cosas.

¡Sí es cierto!, afirmó Mariana, Paty nos hizo meternos en la cueva, ella misma nos iba dirigiendo y cuando caímos al agua nos abandonó. Entonces intervine complementando lo que habían dicho mis amigas. Carlos solamente repetía un sí a todo lo que decíamos.

Miren muchachos si tratan de tomarnos el pelo no lo van a lograr, dijo otro compañero. Venimos a divertirnos en este hermoso lugar y ustedes salen con sus cosas.

Una chica que casi nos golpeaba agregó: Además culpan a la pobre de Paty que ya mucho la hemos reprendido por lo que hizo.

¿Y qué ha hecho esta inocente palomita?, preguntó Lucía muy enojada.

Sé que me guardan rencor por no avisarles que iba en busca de mis cosas que se me cayeron en el camino, pero no me inventen algo que no hice, respondió Paty a la vez que por sus mejillas rodaron algunas lágrimas.

¿Y los murciélagos? Vas a decir que de eso no sabes nada, interrumpió Carlos enérgicamente. Si bien que te reías de cómo nos estaban atacando y a ti no te hacían daño.

¿Y lo de la cueva?, recalcó Mariana. Por tu culpa nos faltó poco para morir ahogados.

Les juro que en ningún momento me he metido en alguna cueva, mucho menos que yo los haya convencido para hacerlo. No sé por qué dicen eso, contestó Paty.

Miren muchachos, sentenció a punto de explotar el jefe de grupo, ¡yo creo que ya estuvo bueno! De bromas ya se pasaron. Lo que debemos hacer es regresar al camión y otro día que tengan mejor humor, volveremos. Por hoy ha sido todo. ¡Esto se acabó!

Ya no tuvimos tiempo de presentar las pruebas que teníamos, las heridas de las rodillas que nos hicimos al subir en la escalinata de cuerdas, las marcas que nos hicieron los murciélagos, el agua que tragué por no saber nadar, la ropa mojada y otras pruebas más.

Los cuatro, Lucía, Mariana, Carlos y yo, íbamos hasta atrás de los demás compañeros y temblábamos de frío, tal vez por la ropa mojada o tal vez por otra cosa. Nos mirábamos interrogándonos con la mirada. ¿Qué nos había sucedido? No podíamos hablar porque sin duda esta vez sí nos linchaban los compañeros. El jefe de grupo nos vigilaba muy de cerca. De repente algo me hizo voltear la mirada hacia la cueva que está allá arriba sobre la falda del cerro. Ahí en la entrada, se veía claramente a Paty que nos hacía señas con la mano. Se despedía de nosotros. Rápidamente regresé la vista hacia adelante y me sorprendí más cuando confirmé que en la fila que formábamos al caminar, iba Paty. Nuevamente regresamos a ver la entrada de la cueva y ahí seguía, sí, la *otra Paty*, sonriente.

5

La Laguna de Cuauhtepac



Estábamos celebrando la Semana Mayor. En el Jueves Santo, mi familia y yo estábamos preparados para ir al templo a observar las escenas del Lavatorio. Eran las ocho de la noche. Nos dirigimos a la puerta dispuestos a salir, cuando en ese preciso momento sonó el teléfono. Mi esposa y mis dos hijas quedaron como guardias paradas en la puerta en tanto yo atendía la llamada.

¡Bueno!, me dijeron.

No reconocí la voz.

¿Estás ahí? ¿No me reconoces? Soy yo, Celestino, volví a escuchar aquella expresión.

¿Celestino?, pregunté titubeante.

¡Sí!, soy yo, ¿no te acuerdas de mí?

En ese momento recordé de quién se trataba.

¡Ah! eres tú, Celestino, mencioné sorprendido, discúlpame pero no reconocía tu voz.

Cómo lo iba a reconocer por teléfono si ya teníamos buen tiempo sin vernos.

Siguió el diálogo. Que si esto, que si lo otro... Hasta que por fin me dijo: ¡Oyes!, me han platicado mucho de la laguna de Cuauhtepac, ¿la conoces?

¡Claro! La conozco, le contesté anticipando sus intenciones, es un lugar muy agradable y ahí encuentras las mojarras más deliciosas.

¿Te parece bien que vayamos este Sábado de Gloria?, me dijo.

Yo acepté la invitación de mi gran amigo y acordamos que él se comunicaría con Juan, otro de nuestros buenos camaradas. Nos veríamos el sábado a las seis de la mañana en mi casa. El sábado, a la hora señalada, llegaron mis dos amigos y emprendimos el viaje hacia Cuauhtepac. Llegamos a las siete y media de la mañana. La laguna a esa hora es un manto azul que con los primeros rayos de sol, descubre una gran cara transparente con hermosos cabellos rubios o verdes. Conforme sube el sol, cambia el tinte del agua.

Adaptamos nuestro campamento por el oriente de la laguna, pusimos todo en orden, desayunamos y descansamos un buen rato en la orilla observando aquella obra de la naturaleza. A las doce del día ya contábamos con una lancha y en ella todo lo necesario para pasar buen tiempo laguna adentro.

No había hora indicada de regreso. Sería una larga jornada de pesca.

Don Matías, el señor que nos prestó la lancha, nos recomendó mucho que no fuéramos a acercarnos al centro de la laguna, pues es ahí donde pasan cosas raras. El dijo que en ese lugar varios pescadores han visto a un pez gigante, otros se han encontrado con un niño que flota en el agua y algunos han escuchado cantos extraños. Él también nos mencionó que ahí desaparecieron varias personas que intentaron averiguarlo.

Nosotros como es de suponerlo, escuchamos atentos aquellas recomendaciones y no reímos porque vimos que el señor no se reía.

Un señor y un niño, que nos recomendó don Matías, se quedaron a cuidar nuestro campamento.

Nos fuimos introduciendo en la laguna y lejos del centro comenzamos a utilizar nuestras cañas de pescar. Ahí estuvimos horas y horas y nada. Ningún pez. Como si todos los peces hubieran huido al vernos.

No es el momento apropiado para pescar, dijo Juan.

A lo mejor por la Cuaresma pescaron más de lo debido, repliqué.

Se me hace que no tenemos suerte para esto, mencionó Celestino.

Así, con nuestros comentarios, que si no era el momento apropiado, que si la pesca excesiva, que si la mala suerte..., comenzó la noche. Sin duda, no regresaríamos con las manos vacías. Eso estaba propuesto.

Celestino, el más ocurrente, manifestó: Oigan y si nos acercamos más al centro o, más bien, si vamos a ese lugar, ¿qué nos puede pasar? No me digan que tienen miedo y creyeron en lo que nos dijo don Matías. ¡Miren!, cómo estoy temblando... ¡Vamos!

Yo lo miraba fijamente a los ojos y observaba sus movimientos de incredulidad. No agregué más por el momento. Juan mencionó: Pienso que ese señor nos quiso asustar para que no pesquemos en ese lugar porque de seguro ahí se halla lo bueno, ¿qué dicen ustedes?, vamos o qué.

¡Pues vamos!, dijimos todos.

Creo que también coincidimos con el pensamiento. No íbamos a creer en cosas que dice la gente. Y ahí vamos rumbo al centro de la laguna. Yo remaba, Juan arreglaba la lámpara de mano que tenía alguna falla y Celestino tarareaba una vieja canción.

Nuestra pequeña lancha ya había recorrido buen tramo, cuando escuchamos que alguien silbaba con fuerza. No pensamos que se dirigieran a nosotros. El silbido insistía una y otra vez hasta que Juan, señalando hacia la orilla nos dijo:

¡Miren allá! Alguien nos hace señas.

Observamos al lugar indicado y ahí estaba alguien parado sobre una roca haciéndonos señas con un sombrero. Eran como las nueve de la noche y la luna reflejaba una luz clarísima. Nos dirigimos hacia aquella persona y no muy lejos nos detuvimos. Era un niño el que nos llamaba, que tendría como unos siete u ocho años y no se trataba del niño que cuidaba en la orilla nuestro campamento.

¿Quién será?, les pregunté a mis amigos.

Sin darles tiempo de contestarme, el niño nuevamente movió su sombrero diciéndonos casi gritando: ¡No vayan al centro de la laguna!, ¡no lo olviden!, ¡no vayan!

Dio la vuelta y se fue brincando sobre las piedras de la falda del cerro. Vestía ropa blanca, tan blanca que parecía fluorescente.

A qué don Matías, sigue de necio, en son de broma declaré a mis compañeros, no quiere que vayamos a ese punto y por eso ha mandado a su hijo para advertirnos, de seguro nos ha estado observando todo el tiempo y eso es bueno pues tenemos vigilancia.

Seguimos de necios. No hicimos ningún caso a las advertencias de aquellas personas.

Eran como a las diez de la noche y el tiempo se nos estaba yendo muy rápido en ir de aquí para allá, pero todo resultaba tan divertido que no sentíamos el transcurrir de los minutos.

Llegamos al centro de la laguna. Sentimos un aire diferente. Sería porque inconscientemente estábamos pensando en las advertencias de don Matías y del niño aquél. Los tres nos miramos a los ojos como aceptando la situación y anteponiéndonos el reto, nos encogimos de hombros y reímos forzosamente.

Desde ese lugar, las cosas se ven, se sienten y se escuchan diferentes. El aire no es igual, todo se observa como fluorescente, como la ropa del niño que nos estuvo silbando; los sonidos son extraños... Ha de ser porque hacen eco con el agua, no me lo explico. Son sensaciones no experimentadas antes. Casi estoy seguro que los tres sentimos lo mismo porque nos mirábamos de frente y no articulábamos nada.

Recordamos el hambre, la sed, el sueño, la familia. Miramos al cielo, ahí estaban las estrellas, ahí estaba la luna, dos o tres nubecitas nadaban como nosotros en la laguna. Lo raro es que esas sensaciones no se olvidan. Después de varios minutos hablamos y escuchamos a lo lejos, por donde están las casas del pueblo, los sonidos inconfundibles de algunos aparatos radiofónicos; cada radio en estación diferente, como si esos aparatos no estuvieran tan lejos porque su sonido era claro pero delgado y bajito.

Se veían las luces amarillas de los focos, como luciérnagas quietas, y de vez en cuando ladraban los perros, unos iniciaban por un lado y otros respondían por el otro como si se estuvieran comunicando en cadena. No sabíamos por qué ladraban, cómo lo íbamos a saber si estábamos tan cerca y a la vez tan lejos. De repente aquellos perros cambiaron su forma de ladrar y empezaron a aullar lastimosamente como si lloraran. Mi abuela me decía que cuando lloraban los perros iba a pasar algo malo, lo creía de niño pero en ese momento yo no sabía qué pensar.

Los perros dejaron de aullar, ya no se escuchaban los radios y se apagaron algunas luces de las casas. La luna ya había recorrido las tres cuartas partes de su camino. Nuestras cañas estaban en acción. De repente, Celestino dio un fuerte tirón y gritó: ¡Ya lo tengo!, ¡hasta que por fin!

Rápidos nos dispusimos a ayudarlo pero nos hicimos bolas pues la lancha era angosta. ¡Creo que es un pez muy grande!, emocionado seguía gritando Celestino.

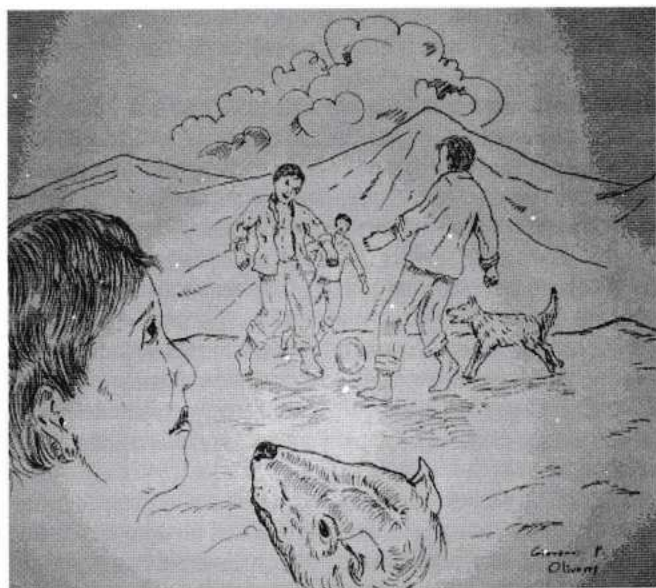
Continuaba tratando de capturar a su codiciada presa y con mucho esfuerzo logró sacarla del agua. Lo que sacó, difícilmente lo olvidaremos. Era grande, gigantesco, un pez jamás visto en alguna laguna de por acá. Con los movimientos bruscos que hacía, se miraba lo plateado, lo raro. Lo que pasó después no me deja dormir muchas veces y a mis amigos y a mí nos hizo visitar días después, a un psicólogo reconocido. El gigantesco pez dejó de moverse y de su ser salieron palabras que jamás olvidaré:

"No me lastimen más, soy el espíritu de la laguna. Hace muchos años cuando esto se convirtió en lo que es, yo era un niño y vivía acá abajo, vivía solo, el cerro bramó muy fuerte y todo se empezó a inundar; las demás personas del lugar se escaparon y yo no pude hacer lo mismo, estaba enfermo. Todo se cubrió de agua y desde entonces mi espíritu ronda por este lugar. He ahuyentado a muchos que se acercan para molestarme, a otros los protejo y a ustedes los vi tan decididos y tan ingenuos, que decidí prevenirlos para que no se asustaran. Yo soy el niño de blanco, el que apareció en la orilla y... ¿saben qué?, todos los Sábados de Gloria me transformo en niño y juego, hago algunas cosas buenas, también hago travesuras y el tiempo que queda, me convierto en pez. Ustedes me devolverán al agua para seguir siendo un niño en los Sábados de Gloria y un pez por el resto del año, por el tiempo que viva la laguna, por el espacio que abarquen sus aguas".

Celestino ya había soltado la caña y los tres estábamos hincados, muy quietos, boquiabiertos, temblando. Yo tenía los pantalones mojados, no supe con qué me mojé. Vimos que el pez fue cambiando de forma. Sus aletas lentamente se transformaron en brazos y piernas, sus ojos se sumergían en sus órbitas, las escamas azuladas de su cabeza se convertían en cabellera y las escamas plateadas se transfiguraban en vestidura de tinte luminoso. Aquello iba tomando la figura de un niño vestido de ropa blanca, muy blanca, como fluorescente. Flotaba en el agua y se fue elevando lentamente y nos hacía movimientos con su mano como si se despidiera de nosotros...

6

El Yucunitzá



Era una noche fresca y se sentía correr el aire. Mi familia y yo, salimos de la casa a refrescarnos un poco y aprovechamos la ocasión para cenar en el patio.

Estábamos a medio comer cuando mi hermana menor alzó su mano y señalando al cielo nos dijo: "¡miren!" Inmediatamente todos observamos al punto indicado y observamos que sobre el cerro Yucunitzá caía una bola de fuego.

La cosa aquella era como del tamaño de una pelota de fútbol. Se desprendía del cielo a una velocidad moderada, dando la impresión de que se iba a estrellar sobre la cima del cerro pero cuando llegó al suelo, sólo salió un resplandor pequeño y no hubo ningún ruido.

Nosotros estábamos a una distancia considerable, más allá del pie del monte. Nos hicimos preguntas sobre aquello y nadie sabía la respuesta. Unos decían que se trataba de una estrella fugaz, mi abuela decía que era un pedazo de cola de cometa, mi abuelo dijo que tal vez aquello era un ovni y nosotros los niños decíamos incoherencias.

No dejaba de pensar en lo que había caído del cielo aquella noche.

Al día siguiente como de costumbre fui a la escuela y pregunté a mis compañeros si habían visto la bola de fuego que cayó; la mayoría no vio nada pero Joaquín, David y Paco dijeron que sí.

No seguimos platicando porque tocaron la campanita para entrar a clases, pero en la hora del recreo nos juntamos nuevamente y se acercaron con nosotros varios niños que les llamó la atención lo que habíamos visto. Ese día no jugamos. Sentados en círculo continuamos con nuestra plática que, ya para entonces, había adquirido tal importancia que no dejábamos de hablar de lo mismo.

Cada quien tenía su versión. Creo que en esa mañana ninguno de nosotros le puso atención a la clase del profesor. Estábamos entregados de lleno a lo nuestro. Joaquín mencionó que su papá le dijo que aquello se trataba de un meteorito y que allá sobre el Yucunitzá, cerro muy hermoso que se encuentra al norte de la ciudad de Huajuapán, ya habían caído muchos y que él los había visto.

David tenía su propia versión diciendo que aquello, de seguro, era un platillo volador. Aseguraba que su abuelo vio una vez bajar a uno de ellos sobre el cerro, en una noche cuando buscaba unas vacas que se le habían perdido. Lo que dijo Paco nos movió más la curiosidad. Muy seguro nos mencionó que se trataba de un satélite artificial que ya no servía y que se desplomó sobre el monte. Según él, vio cómo la bola iba sacando humo al caer. Con esto nos creció más la curiosidad y queríamos creerle pues era un niño que vino de la ciudad a vivir acá en el rancho. Él había visto mucha televisión cuando nosotros solamente escuchábamos radio y en ese aparato no hablaban de satélites ni de meteoritos, sólo escuchábamos las radioserías *Chucho el roto*, *Tres Patines* o *Kalimán*, *El hombre increíble*.

Por lo que correspondía a mi opinión, yo les dije que no sabía de qué se trataba pero que me gustaría averiguarlo. Todos apoyaron mi propuesta y a la salida de la escuela acordamos la hora para explorar el lugar en cuestión. El siguiente día sería sábado y aprovecharíamos el tiempo en nuestra misión investigadora. Iríamos cuatro niños porque a los demás no les daban permiso ya que eran muy maldosos y nadie les tenía confianza. También nosotros, Joaquín, David, Paco y yo, no queríamos que fueran porque, aparte de ser groseros, eran muy miedosos.

El sábado por la mañana, como a las diez horas, nos reunimos en El Aguacate, un lugar al que le llamábamos así porque ahí estaba un árbol de esa fruta. Era un árbol frondoso y sobre él se tejían grandes misterios. Se decía que en sus ramas, a media noche, se columpiaban los duendes y que por eso en la época en la que El Aguacate fructificaba, bajo su sombra aparecía gran cantidad de fruta madura.

Yo recuerdo que cuando pasaba por ahí en ese tiempo, veía a varias mujeres madrugadoras que aprovechando la ida al molino, llenaban con aguacates frescos los bolsillos de su mandil y no conformes con ello, formaban con su rebozo un recipiente para tal fin.

También recuerdo que cuando pasábamos por ahí en esos buenos tiempos, los que íbamos con rumbo al campo, a los terrenos que están más allá de El Aguacate, recogíamos ese delicioso alimento.

Se decía que cuando El Aguacate no fructificaba, era porque había sido poseído por algún ser maligno. Ser que a media noche gritaba, cantaba y bailaba bajo la sombra. Ese personaje tenía traje negro de charro. Eso dicen.

Ahora El Aguacate ya no existe. Lo derribaron para ubicar en su lugar un expendio de bebida refrescante que tiene el color tan negro como la cáscara de aquellas frutas. Lo bueno es que la cáscara de los aguacates no se come.

Ya estábamos los cuatro, pero Joaquín llevaba a su hermano más pequeño y lo tuvo que regresar rápidamente a su casa porque no llevaríamos niños pequeños. Nosotros teníamos como nueve o diez años.

Nos encaminamos hacia el cerro Yucunitzá y comenzamos a ascender lo más rápido posible por el lado menos inclinado. Tardamos como cuarenta y cinco minutos en llegar a la cima. Descansamos unos minutos antes de explorar la zona pues casi teníamos seguro el lugar en donde había caído la bola de fuego aquella noche.

La curiosidad aumentaba conforme nos acercábamos al sitio indicado. Caminábamos lentamente como buenos investigadores de cosas extrañas. Nuestros ojos estaban más abiertos que de costumbre y sentíamos que el corazón golpeaba con fuerza nuestro pecho. Yo empecé a sudar y creo que mis amigos también. Para entonces, por mi mente pasaban varias suposiciones, a lo mejor se trataba de algún helicóptero, un avión y hasta llegué a pensar que podría tratarse de alguna bomba atómica que haría explosión de un momento a otro.

Seguíamos avanzando y aún no encontrábamos nada, la desesperación crecía. Tratábamos de no hacer ruido por si acaso había alguien. Observé que el pasto estaba quemado, toqué a Joaquín en el hombro, le señalé lo descubierto y éste con señas avisó a los demás. Nos encogimos de hombros como haciéndonos otra pregunta y con más cautela que antes, nos acercamos tras unos arbustos pues sospechábamos que ahí, en el centro de la cima del cerro, se encontraba lo que buscábamos. Mejor no hubiéramos ido.

Nos asomamos lentamente y ahí tras cazaguates, jarillas y cactus, como escondida, se hallaba lo que jamás olvidaremos. Era una bola grande que parecía de cristal, como una burbuja gigante. A su alrededor se hallaban sentados con los brazos extendidos, como haciendo ejercicios mentales, varios hombrecillos extraños, parecían brujos de otros tiempos. En sus manos tenían calaveras humanas que habían desenterrado del cerro porque alrededor se veían fosas excavadas.

Recuerdo que un día mi abuelo me dijo que ahí en la cima del cerro, hace mucho tiempo, enterraban a nuestros antepasados.

Era un ritual. Con sus manos subían y bajaban los cráneos. Parecía que los estaban pesando porque semejaban una balanza. Que extraño era todo aquello.

Quisimos salir corriendo pero no tuvimos fuerza para hacerlo, sólo podíamos mover la cabeza y las manos y de nuestra boca no salía ni el más leve murmullo. Algo nos tenía sujetos e inmovilizados. Aquellos personajes se pusieron de pie y metieron los cráneos en la burbuja. La rama que estaba sosteniendo a Joaquín no resistió y se rompió haciendo un fuerte ruido. Con eso nos vieron y comenzaron a acercarse a nosotros. No pudimos levantarnos del suelo, tampoco pudimos gritar, sólo nos escurría mucha baba de la boca como sudor del cuerpo. La vista se me nubló y me desvanecí; lo mismo pasó con mis amigos. No sé que sucedió después.

Al volver de mi desvanecimiento, me hallaba en una de las fosas excavadas. Pude incorporarme y observé que a mis amigos también los metían en fosas. Quise salir de ahí pero no pude, caí pesadamente sobre la tierra suelta. Ya no observaba ni podía moverme, solamente podía escuchar y sentir.

Un golpe plano y pesado cayó sobre mí y a partir de ahí, respiraba aire y polvo revueltos. Se escuchaban murmullos, voces ajenas a mí. Algo pesado me seguía oprimiendo y poco a poco la respiración se me hacía más difícil. No recuerdo qué tiempo estuve así. Sólo recuerdo el momento cuando escuché que por algún lugar ladraban los perros. Los aullidos se acercaban más y más. Cuando el alboroto de los canes ya estaba cerca de mí, escuché voces de señores que gritaban: "¡Aquí tampoco hay nadaaaaaa!" y en seguida se escuchó la contestación del cerro.

Las voces aquellas y el escándalo de los animales se fueron alejando. Yo sabía que me buscaban pero no podía hacer nada. Quise exclamar con fuerza: ¡Sáquenme de aquíiiiiiiii!, pero no pude, solamente lo pensé. El aire me faltaba. Los gritos de las personas y los ladridos de los perros se alejaban más y más. Cuando sentí que me ahogaba, recordé a mi familia, a mis animales, a los juegos, a mis radioseries preferidas, al Aguacate. Ya casi no se escuchaba ni se sentía nada y mi mente fue desapareciendo poco a poco...

7

La Peña Rajada



En el cerro de La Soledad, a un lado de la ciudad de Huajuapán de León, en la Región Mixteca está La Peña Rajada.

En ese lugar hace muchos años vivió un personaje muy especial relacionado con sucesos muy importantes que voy a narrar y que con el solo recuerdo, la piel se me pone de gallina y siento que un escalofrío recorre mi cuerpo y no dejo de encomendarme al santo de mi devoción.

En aquella noche que no olvidaré jamás, estábamos cenando mi familia y yo; eran como a las nueve de la noche, cuando El Tigre, El Sapó y La Bala, mis perros, comenzaron a ladrar con insistencia. Mi abuelo con el bocado en la boca tomó el machete que estaba junto a la puerta y envalentonado salió a preguntar quién era. Yo como siempre, pegado junto a mi abuelo, pues nunca me separaba de él, abrí los ojos más de lo debido y masticaba un trozo de taco, por poco y me atraganto, lo recuerdo bien. Por ese entonces tenía yo como siete años. Lo que mis perros veían era a don Pascual que traía un leño en la mano y que al oír abrir la puerta y ver a mi abuelo, sin saludarlo le dijo: Luis, Luis... vengo a que me des un auxilio pues creo que a mi ganado lo acaba de atacar el coyote. Hace rato, terminando de cenar, salí a ver a mis vacas y fijate que a todas las encontré tiradas en el suelo, muertas, y lo más raro es que no tienen cabeza. Casi gritaba.

Vamos a ver qué pasa, dijo mi abuelo.

Después de avisar a la familia, nos dirigimos a la casa de don Pascual. Yo como siempre, de "pegado".

Allá también los perros estaban alborotados. En el lugar de las vacas muertas ya se encontraban como veinte personas, todas alrededor, no sé cómo se juntaron tan rápido. La gente en un pueblo pequeño es muy atenta o muy curiosa.

Las siete reses se veían horripilantes, no se me olvida. Unos pensaban igual que don Pascual, diciendo que el causante de la muerte de aquellos animales era un coyote hambriento, otros hablando fuerte decían que se trataba de un nagual y don Pancho, el más imaginativo, aseguraba que aquello era obra de los extraterrestres. Todos opinaban, hacían suposiciones, pero la verdad, en ese momento nadie la conocía. Cuando dijeron que se trataba de un nagual, todos nos persignamos y doña Petra, la esposa de don Pascual, comenzó a rezar en voz alta. No olvidó la cara que pusimos cuando dijeron extraterrestres. Todos azorados y como si nos hubiéramos puesto de acuerdo, lanzamos nuestras miradas a las estrellas y buscamos como locos el vuelo de alguna nave. Mi abuelo nos hablaba mucho de extraterrestres. Más o menos yo sabía de qué se trataba. Parecía que todos los luceros se movían y alguien gritó: ¡Allá van!

¡Miren de seguro es aquél!, dijo otro señalando al cielo.

Nos hicimos bolas y no sabíamos cuál era, cómo lo íbamos a saber, ahora lo comprendo.

Con nuestras suposiciones nos pasamos buen rato. Digo nuestras, porque yo también suponía algo, pues por mi mente cruzaba la idea de que se trataba de El Destripador, un asesino que cansado de descuartizar a las personas, ahora les iba a cortar las cabezas a las vacas. Qué lejos estaba yo de la verdad. ¡Ojalá hubiera sido eso!

Después de hablar mucho y haber tomado café caliente, nos retiramos como olvidando el asunto.

A la noche siguiente sucedió algo peor, a las veinte cabras de don Lucas también les cortaron la cabeza y esta vez se tomaron las cosas más en serio. No era para menos. Nos reunimos en aquel sitio e inmediatamente la autoridad tomó cartas en el asunto, se rastreó el lugar para encontrar algún hallazgo relacionado al caso y nada. Ningún rastro.

Las suposiciones continuaron y esta vez llegaron más lejos. No había duda de que se trataba no sólo de un nagual, sino de varios y mucho más salvajes que otros conocidos o por conocer. Se debería hacer algo.

La autoridad convocó a todas las personas para que al día siguiente, lo más temprano posible, se reunieran en su oficina. Así se hizo. Todas las personas del pueblo nos reunimos, responsables y curiosos, adultos y chamacos entrometidos. Cada quien hacía su bolita, platicaban del asunto a su manera, los grupos hablaban muy fuerte y hubo más persignadas que en un rosario.

Llegó don Apolonio, la autoridad, inició la asamblea y el asunto fue cómo protegerse de aquel demonio, animal o lo que fuera. Se llegó al acuerdo de que en esa noche rodearían el pueblo, en parejas se apostarían en el lugar indicado a las ocho de la noche y llevarían las armas que tuvieran; eso sí, sin faltar alguna cruz, escapulario, cadena de oro o rosario por si acaso se trataba de El Maligno. En el momento en que viéramos llegar al Cortacabezas, fuera lo que fuera, daríamos alguna señal para que todos se dirigieran al sitio indicado y acabaríamos de una vez por todas con la vida de aquel extraño ser.

Todos ya estábamos en el lugar indicado a las ocho en punto; esta vez no quería ir con el abuelo pues era la primera ocasión en que mi miedo pudo más que mi curiosidad, pero me falló, mi abuelo casi me llevó a la fuerza diciéndome que siempre me había portado como todo un valiente y que ahora iba porque iba, y demostraría a todos que yo era el orgullo de la familia. ¡Ah qué mi abuelo! Si hubiera sabido que yo solamente lo acompañaba por curiosidad, de seguro me hubiera dado una tunda que mejor ni pensarlo.

Esta vez, y era raro, no ladraban los perros en el pueblo, pues no había perros más escandalosos que los de mi tierra y los míos eran los primeros. Los conocían bien, no cabe duda; esto hacía más nerviosas a las mujeres, que con la puerta bien segura, cuidaban a sus hijos con el "Jesús" en la boca y que a cualquier ruidito los persignaban y rociaban con agua bendita la puerta.

Para esa cacería, don Pascual fue pareja de mi abuelo.

Luis, ¿no se te hace raro que no ladren los perros?, casi en silencio le preguntó aquel señor a mi abuelo.

Yo también estaba pensando en lo mismo, contestó el abuelo.

Y qué decir de mí, yo tenía buen rato pensando en lo mismo. Coincidíamos. No se escuchaba nada ni se veía nada anormal. Ninguna señal. Por dentro deseábamos que así fuera toda la noche y así fue. Si no había nada nos reuniríamos todos en la oficina de la autoridad a las cinco de la mañana. Nuestro guía sería El Atolero, un lucero que servía de reloj a nuestra gente. Para los despistados, y quién no lo iba a estar aquella noche, dejarían su puesto cuando repicaran las campanas del templo de Huajolotitlán, antes del amanecer.

Llegamos a la oficina de la autoridad a la hora indicada. Mi abuelo era muy puntual y conocía muy bien a su amigo El Atolero. Recuerdo que vi doble, dos Atoleros, y no los vi de miedo, sino de desvelo. Ya eran tres noches de dormir mal y quién me lo mandaba, todo por hacerme el valiente. Creo que me dormía parado. Sentía como chile en los ojos y abría la boca más de lo debido. Don Pascual, que estaba cerca de mí, sacó de su morral un pan duro, me lo dio y me dijo: Pobrecito, ya debes tener mucha hambre.

Si supiera. Tomé el pan y ya no tuve fuerzas para morderlo. Me senté en la banca y me dormí.

Mi abuelo me despertó y nos fuimos para la casa. Ya habían acordado que esa noche también vigilarían en el mismo sitio que la noche anterior.

Descansamos el resto del día. Yo desperté como a las cinco de la tarde. Ya oscuro, nos dirigimos a nuestro puesto y allá nos volvimos a reunir con don Pascual que esta vez llevó a su nieto, más o menos tenía la misma edad que yo. Todos estábamos muy confiados pues la noche anterior no había pasado nada anormal.

El tiempo transcurría lentamente y ya muy noche, me imagino que serían como a las doce de la noche, cuando comenzaron a repicar alocadamente las campanas, señal de que algo malo estaba sucediendo. Como locos corrimos al templo y ahí se hallaban muchas personas. Todas asustadas. Ya lo estaban desde antes. Doña Martina daba muchos gritos y no se sabía si lloraba o hablaba. Ya más calmada se le entendió lo que dijo: ¡Vamos pronto a mi casa! Mi marido está muerto en el patio.

Aquella mujer se desesperó nuevamente, esta vez luego se repuso y continuó: ¡No tiene cabeza! ¡También se la cortaron!

¿Cómo que no tiene cabeza?, preguntó muy sobresaltado don Apolonio, la autoridad.

¡Alguien se la cortó!, contestó doña Martina.

Pues con razón hoy no estuvo con nosotros en el cerro, dijo rápidamente don Lucas, se me hizo raro que Nico no llegara, siempre nos seguía, pobre, aunque lo hacía sólo por su traguito.

Sin más comentarios todos nos dirigimos de prisa a casa de doña Martina. Llegamos abriendo la boca de lo recio que caminamos. Inmediatamente rodeamos el cadáver de don Nicolás.

Aclaro que para entonces ya me había armado con algo de valor y no es porque recuperara mi valentía, sino porque ya no me quedaba otra alternativa.

Se veía más espeluznante que las vacas y las cabras. ¡Claro! Esta vez se trataba de alguien como nosotros. Una persona.

Aunque don Nico era un pobre borrachito del diario, un perdido, según la gente, no se merecía esta muerte. Recuerdo que muchas veces lo vi tirado en la calle o en el Camino Real y que su única familia era doña Martina. Dicen que no pudo tener hijos por borracho. Eso yo no lo sé ni creo que alguien lo sepa. Ahora estaba tirado ahí sobre el patio. Sin cabeza. Se veía muy feo. Su cuerpo estaba como torcido. La camisa que siempre traía y que no se sabía de qué color era por la mugre, ahora estaba roja pues tenía mucha sangre. Pobrecito.

No me soltaba de mi abuelo ni por un momento. Yo tenía miedo. Nuevamente observé que la autoridad anotaba algo en unos papeles y alrededor se escuchaba un enredo de palabras. Creo que en aquel momento hablaban de que se trataba de un castigo divino,

no escuché bien. Lo cierto es que a la noche siguiente se repitió la misma estrategia de rodear el pueblo y esta vez vino gente de Huajuapán. Ahora se contaba con más personas apostadas y mejores armas. Sin duda atraparíamos al Cortacabezas. Yo no quitaba el dedo del renglón. Seguía pensando. Ahora, con lo de don Nico, casi me parecía asegurar que de un momento a otro atraparíamos El Destripador convertido en El Descabezador.

No olvidó aquellos momentos. Era la media noche cuando por el río sonaron muchos balazos, la señal esperada. Corrimos hacia allá pero no llegamos lejos. Con la luz de la luna vimos que se acercaba volando algo gigantesco; hacía mucho ruido como si sólo se sostuviera en el aire con un ala. Era grande como una persona adulta que volaba y cuando estuvo allá arriba, por encima de nuestras cabezas, el señor que vino de Huajuapán y que era compañero nuestro esa noche, disparó su arma, pero aquello era cosa del otro mundo. Las balas no le hicieron daño porque no se desplomó y siguió volando hacia más arriba del cerro. Dejó caer sobre nosotros una bola que al chocar con el suelo rebotó como coco de agua. Sonó hueca. Mi abuelo sacó rápidamente su lámpara de mano para aclarar más la luz de la luna y cuál fue nuestra sorpresa, ¡se trataba de una cabeza humana!

Recuerdo que grité muy fuerte por el susto y si mi abuelo no me detiene, me desplomo. De la boca de mi abuelo salieron groserías que decía cuando estaba enojado o asustado. El otro señor también dijo algo.

Sin aliento y sin decir más, permanecemos inmóviles hasta que llegaron corriendo las demás personas. Ya era un escándalo. Atinadamente todos coincidimos en que debíamos seguir a aquel animal. Las personas que les tocó vigilar más arriba del cerro vieron que aquel ser se había metido a la Peña Rajada. Lo vieron bien. Y ahí vamos para arriba procurando de no hacer el menor ruido para no espantar al animal. Unos señores se quedaron vigilando a la cabeza que cayó en aquel lugar.

Llegamos a la Peña Rajada. La rodeamos y todos apuntaron sus armas a la abertura de la gigantesca roca. Alguien tenía que asomarse en el boquete. Con mis dedos hacía *changuitos* para que mi abuelo no fuera a tomarse la molestia de anotarse. Para mi sorpresa, ni *changos* ni nada me valieron... ¡ahí está hablando el abuelo! "Yo voy". Dijo con voz segura. Tan envalentonado como siempre. Y ahí va el *rabo*, pues no me quedaba mucho de donde escoger, ya que si me quedaba con las otras personas, al salir aquel animal de seguro se echarían a correr y no se iban a preocupar por mí. Era mejor seguir al abuelo.

Llegamos a la boca de la abertura de la piedra. Nos asomamos. Al fondo se veía luz. Comenzamos a entrar y atrás de nosotros venía más gente valiente. Esto nos dio más valor. Seguimos avanzando, la luz aumentaba, giramos a la izquierda, no muy lejos se encontraba una parte algo ancha de la cueva y en ese lugar en el centro había un cazo como el que se utiliza para freír mucha carne. Salía vapor de aquello. Había antorchas encendidas alrededor y muchos cráneos le daban un aspecto macabro al lugar. Creo que los cráneos eran de animales y de personas. Ya no pude verlos bien. Más al fondo seguía la cueva y de seguro aquel ser se había ido por ahí. Había sangre seca y fresca en el suelo.

Regresamos afuera tan silenciosos como habíamos entrado. Comunicamos lo que habíamos visto. Unos siguieron apostados con sus armas preparadas y otros se fueron a recoger leña y pasto seco que abunda en el lugar. Se cubrió la entrada con lo recolectado y se prendió fuego. Era la trampa que necesitábamos para atrapar al malévolo ser.

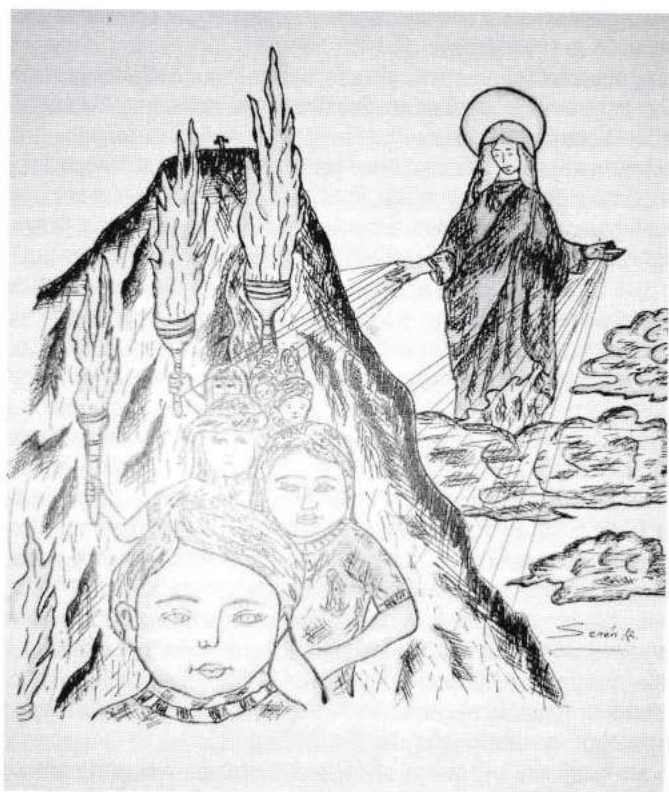
La puerta de la cueva se convirtió en un infierno. Aquel animal o lo que fuera resistió mucho pues no salía. Ya casi se terminaba el fuego cuando escuchamos un terrorífico aullido. Apareció, dentro de las llamas y el humo, el horripilante ser. Era monstruoso. No quiero describirlo porque todavía me quita el sueño. Aquello gritaba, aullaba y se retorció quemándose. A nuestra nariz llegaba un olor a carne y azufre quemados. La figura de aquel ser se fue desvaneciendo en medio de ese pequeño infierno. Cada vez aullaba menos fuerte. Como eco débil.

Todo había terminado. Por lo menos eso pensamos. Nadie hizo algún comentario. No creíamos lo que nuestros ojos habían visto. Como autómatas comenzamos a bajar del cerro. De vez en cuando volteábamos a mirar con incredulidad a La Peña Rajada. Llegando al río, escuchamos a lo lejos un fuerte aullido y sentimos escalofrío. Apresuramos el paso hacia nuestras casas. Ya era de madrugada.

Cuando llegamos, los perros al vernos corrieron asustados, afuera de la casa había una cubeta con agua bendita, una botella de aguardiente, ramas de hierbas de aire, santos y cruces. Mi abuela nos veía desconfiada desde la ventana. Nos dijo que nos quitáramos el mal aire con lo que había puesto afuera. Así lo hicimos. No entramos en la casa. Nos dispusimos a dormir bajo el mezquite. De pronto, volvimos a escuchar un fuerte aullido y un potente aleteo.

8

El Cerro de La Soledad



En el mes de diciembre y en el Barrio de Guadalupe de Huajuapán de León se celebraban las fiestas tradicionales en honor a la Virgen. En esos días, fui invitado para trasladar El Fuego Guadalupano que partiría del Cerro de La Soledad y llegaría al templo de Guadalupe en la noche del once del mismo mes.

Desde la azotea de mi casa ya había observado en otras ocasiones, el descenso de las antorchas por el cerro y se veía espectacular. Esta vez no me perdería la oportunidad de participar ya que antes de ser una bonita actividad para engrandecer las festividades, es una demostración de fe a la Virgen.

Se llegó el día del ascenso al cerro y nos reunimos en el atrio del templo a las cuatro de la tarde. Comenzaron a llegar niños, jóvenes y adultos, hombres y mujeres. También vi llegar a Guillermo, mi amigo, que inmediatamente se acercó a saludarme.

Platicamos para hacer tiempo y así esperamos a todos los participantes. No observamos cuando se acercaron a nosotros dos personas adultas, un hombre barbado y una mujer no muy grande de edad. Ellos también participarían en el evento ya que llevaban puesta la camiseta que nos distinguía. Pensé que aquel señor era uno de los misioneros que habían llegado al templo porque era diferente a nosotros en su aspecto físico. Era alto, blanco y barbado. La señora era como nuestra gente y lo único que la diferenciaba de las demás es que tenía los ojos radiantes. Nos preguntaron que cuál era el motivo que nos hacía participar en aquella actividad. También nos mencionaron que ellos habían participado siempre en el traslado del fuego. Como era la primera vez que participábamos mi primo y yo, no los conocíamos. En eso estábamos cuando el sacerdote nos dijo que subiéramos a los camiones que nos llevarían al pie del cerro. Así lo hicimos.

El camión nos dejó en el lugar indicado y comenzamos a subir por la brecha que conduce a la cima del Cerro de La Soledad. A nuestro lado iban aquellas personas extrañas que platicaron con nosotros. Más arriba del monte se nos perdieron pues éramos muchos los que participábamos y el camino era demasiado estrecho.

Llegamos a la cumbre y aunque el cerro es demasiado alto, nadie estaba cansado. Esto es algo curioso ya que subir a la cúspide de un collado no es cosa fácil. Unos estiraban las piernas, otros brincaban y el señor barbado y su acompañante, repartían agua y con un lienzo blanco y pequeño, limpiaban el sudor de la frente de los participantes. También a nosotros nos dieron agua y nos limpiaron el sudor.

Como era la primera vez que mi amigo y yo subíamos al cerro en una actividad de éstas, no nos sorprendió que aquellas personas nos limpiaran la frente, pensamos que era parte del ritual religioso.

Después de esperar la llegada de la noche, hicimos una oración, posteriormente encendimos nuestras antorchas, nos formamos y al escuchar el trueno de los cohetes, que era la señal, salimos trotando y emprendimos el descenso por el cerro.

Habíamos comenzado a bajar cuando sentí un fuerte dolor en el estómago y sentí que el aire me faltaba. Me detuve y jalé del brazo a mi amigo Guillermo, le expuse lo que me pasaba y que no podía más, sentí desfallecer. Los demás seguían avanzando y nosotros nos hicimos a un lado para que pudieran pasar. Esperábamos a los encargados para que me auxiliaran. No tardaron mucho en acercarse a nosotros el señor de la barba y la señora que lo acompañaba, al ver que me apretaba el estómago con la mano.

No es nada muchacho, me dijeron.

Después me dieron de tomar algo de una botellita, me tocaron el hombro y seguimos avanzando. Ellos se ocultaron entre la fila. Pensé que la sustancia que tomé del frasquito aquel, era un excelente medicamento para el dolor de estómago. Rápido olvidé mi dolencia y como si nada seguí con más energía que antes.

No habíamos avanzado mucho cuando mi amigo resbaló y rodó por la falda del cerro en un sitio muy peligroso. Me imaginé lo peor. Pensé que Guillermo se había matado. Rápidamente los encargados gritaron a los demás que detuvieran el descenso. Se corrió la voz y todos regresaron.

Fui el primero en llegar en donde se hallaba mi camarada. Estaba sobre unas piedras, inconsciente, como muerto. Tenía sangre en la cabeza. Otros jóvenes llegaron allá abajo donde estábamos. Ahí se hallaba también el señor barbado y observé cómo cargó a Guillermo y lo subió al camino. Mi amigo no se quejaba ni hacía nada, permanecía inmóvil. Ya colocado sobre la brecha, se acercó la acompañante de aquel señor, tocó al herido y le enredó en la cabeza un pequeño lienzo blanco que llevaba en la mano; casi al momento reaccionó Guillermo. El señor de barba le tocó la cabeza al herido y después hizo que bebiera algo del frasquito, del mismo que a mí me había dado.

El descenso tenía que seguir y los encargados dijeron a mi camarada que se fuera despacio en compañía de dos jóvenes. Él declaró que no era para tanto, que se sentía muy bien y que seguiría con los demás. El señor barbado manifestó que en realidad no era grave y que podía seguir si así lo deseaba.

Tal vez no íbamos con devoción o no sé que pasaba pero lo que nos iba sucediendo no era normal.

Las adversidades seguían. Ya habíamos llegado como a la mitad del recorrido, cuando una muchacha que iba adelante y cerca de nosotros, se desplomó sobre el rústico camino. Perdió el conocimiento y al caer se hizo varias heridas en la cara y en los brazos. Se veía como un Cristo. Varias personas corrimos a prestarle ayuda y también se acercaron el señor y la señora. La mujer se acomodó rápidamente en el suelo, colocó la cabeza de la muchacha sobre sus piernas y le limpió la cara con el pequeño lienzo que allá arriba, en la cima del cerro, nos limpió el sudor de la frente. El trozo de tela se manchó de sangre y enseguida observamos que la chica recobró el conocimiento. Aquellas personas le dieron de tomar el medicamento del frasquito que llevaban y en un momento la joven ya estaba restablecida, aunque la cara la tenía lastimada.

No es nada muchacha, le dijeron sonrientes, sigue avanzando.

Le tocaron el hombro y ella siguió trotando lo mismo que nosotros para alcanzar a los demás que se habían adelantado. No tardamos mucho en alcanzarlos.

Llegamos a la carretera y seguimos con rumbo al templo. A las ocho y media de la noche llegamos. La gente nos recibió con aplausos y sonaron cohetes y campanas. El sacerdote reanimó más el evento con un emotivo discurso y enseguida se ofició la misa.

Después de la ceremonia nos reunimos en el atrio del templo todos los que habíamos participado en el traslado del Fuego Guadalupano. Observé que ahí estaba la joven que se desmayó en el cerro. Mi amigo Guillermo estaba junto a mí con su cabeza vendada, se veía muy alegre. Busqué con la mirada al señor barbado y a su acompañante. No los localicé por ningún lado. Pregunté a los encargados si los habían visto y ellos me dijeron que no sabían de quién les hablaba. Pensé que se habían ido por ahí y que de un momento a otro aparecerían.

Los encargados y el sacerdote nos invitaron a comer pozole. En la mesa yo seguía pensando en aquellas personas. No puede ser que se hubieran ido tan rápido. A lo mejor son de lejos y por no perder el camión se marcharon inmediatamente. Esto y más llegaba a mi mente. Casi frente a nosotros se sentó la muchacha que sufrió el desmayo y algo llamó mi atención. Las heridas de su cara casi habían desaparecido, como si ya tuvieran varios días. Lo mismo estaba observando en la cara de Guillermo. Discretamente que le digo a mi amigo lo que había observado y éste coincidió conmigo en que era muy poco tiempo para que aquellas heridas del rostro de la chica hubiera cicatrizado. Entonces él se llevó las manos a la cabeza y expresó que ya no le dolía nada. Se quitó el pequeño lienzo blanco que llevaba como vendaje y solamente había cicatrices que aparentaban más tiempo. Me preguntó que cómo veía las heridas de su cara. No le contesté. Tal parecía que las cicatrices ya tenían varios días.

Terminada la cena, nos acercamos a la chica que solamente tenía las huellas de sus heridas y le preguntamos si ya se había dado cuenta de lo que sucedía en su cara. Se tocó y declaró que también se le hacía raro que hubieran sanando tan rápido. Le pregunté que si había visto a las personas que la atendieron allá en el cerro y señalando a dos encargados, una mujer y un hombre, me dijo: Ahí están, ¿le quieres hablar?

¡A ellos no!, insistí, a los que te curaron, al señor de barba y a la señora que iba con él.

Mi amigo intervino diciendo: Ellos también me atendieron y quiero darles las gracias y entregarles este lienzo con el que me vendaron la cabeza.

Pues no sé de qué me hablan, agregó la muchacha, en ningún momento he visto a esas personas que dicen, pero vengan, vamos a investigar.

Nadie supo informarnos acerca de aquellas personas. Lo más extraño es que los encargados aseguraban y juraban que fueron ellos los que nos atendieron. Entonces me hice una pregunta: Y a mí, ¿quién me atendió?

Dimos las gracias y entramos en el templo a despedirnos de la Virgen. En mi oración algo me hizo mirar a las imágenes que se hallan en un costado de la iglesia y observé a la Virgen de La Soledad y a Jesús. Tenían un gran parecido con la señora y el señor que fueron con nosotros al cerro de La Soledad.

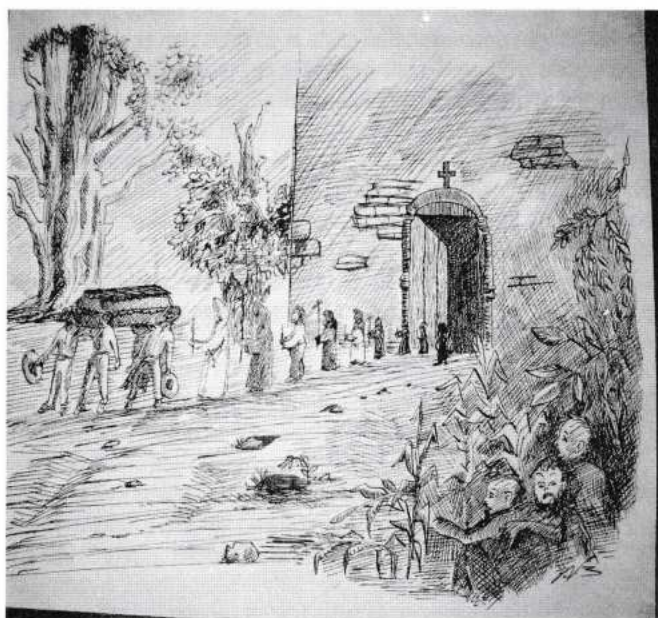
Me dirigí a Guillermo preguntándole: ¿Y el paño que traías en la cabeza?

Se encogió de hombros y me dijo: No lo sé.

Una extraña sensación me invadió cuando nuevamente dirigí la mirada a la imagen de La Soledad. Pude apreciar que en los pies de la Virgen se hallaba un pequeño lienzo blanco, como el que minutos antes, traía en la cabeza mi amigo.

9

El Templo de La Junta



El Templo del pueblo de La Junta, en el territorio de Huajuapán, no es tan monumental como las iglesias de los pueblos grandes o las ciudades. Es algo pequeño, si acaso caben como doscientas personas. Es chico, pero se hace grande en las fiestas patronales en honor al Sagrado Corazón de Jesús, en junio. Ahí me ocurrió algo que no puedo olvidar.

Era el mes de mayo y yo tenía como siete años de edad. Todas las tardes de ese mes se hacían rezos en la capilla y en la última madrugada de mayo se cantaban las mañanitas a la Virgen, pues era el Mes María.

Un día antes de las celebraciones, las catequistas, muchachas que nos enseñaban el catecismo, nos dijeron a los niños que deberíamos estar en el santuario a las tres de la mañana. Después de las indicaciones dadas por aquellas señoritas, nos pusimos a jugar como de costumbre y ya cansados, acordamos que llegaríamos al templo una hora más temprano. Mentiríamos a nuestros papás diciéndoles que las catequistas nos habían citado a las dos y no a las tres de la mañana. Cara pagaríamos nuestra mentira.

Antes de las dos de la mañana, que yo diría de la noche, mi abuela me despertó y me dirigí a la iglesia. En el atrio ya se hallaban varios niños y otros más llegaron enseguida. Inmediatamente nos entregamos al juego de Los tocados.

No habíamos jugado mucho cuando los niños que estaban en la esquina del templo, que teníamos como base del juego, corrieron alejándose y nosotros pensamos que era parte de la diversión. Los seguimos y a cierta distancia se detuvieron haciéndonos señas de guardar silencio. Estaban asustados. Nosotros los mirábamos y sin comprender lo que les pasaba, nos burlamos de ellos. Cuando pudieron hablar, nos dijeron casi en silencio que habían escuchado voces dentro de la capilla y que por eso se alejaron corriendo. Nos les creíamos y ellos insistían y nos juraban que era cierto. De tanto insistir, todos decidimos acercarnos a la puerta del santuario y comprobar si era cierto. Nos acercamos lentamente y casi salimos disparados por la impresión. Era cierto. Adentro del templo cantaban y rezaban. No supimos el tiempo transcurrido que duramos escuchando aquello. Las voces se oían claras. No hay duda. Cuando observamos que las puertas estaban bien cerradas, y que no había explicación de lo que ocurría adentro, salimos corriendo y nos dirigimos al terreno que se encuentra a un lado y que en ese entonces estaba sembrado de milpas algo crecidas. Ahí nos escondimos pero sin dejar de observar la puerta de la iglesia.

Nuestras miradas estaban fijas, casi sin parpadear. Teníamos el presentimiento de que algo extraño íbamos a observar. Pasaron unos minutos y escuchamos que la puerta se abría haciendo un fuerte crujido. Nuestros ojos se abrieron desmesuradamente y los corazones trataban de salir del pecho. Quisimos correr pero no pudimos y permanecemos boquiabiertos en espera de lo que pasaría después.

Observamos con admiración que comenzaron a salir en procesión varias personas vestidas de blanco y otras vestidas de negro. Sus ropas eran como de frailes. Las de blanco llevaban velas grandes y las de negro un crucifijo. Distinguimos a hombres y mujeres, niños y adultos. Los que iban al final de la procesión llevaban un ataúd gris. Rezaban y cantaban. El cortejo fúnebre se alejó de la capilla por el Camino Real en dirección al panteón y al desaparecer, la puerta se cerró con otro sonido crujiente. Un aire helado invadió nuestro escondite. Yo quise persignarme pero no pude. Nos miramos unos a otros y no dábamos crédito de lo que estábamos observando. No podíamos hablar, sólo

nos golpeábamos con los codos, pues estábamos amontonados, unos hincados y otros tirados sobre la milpa verde.

Volvimos a escuchar voces que venían por el Camino Real y creímos que aquel cortejo fúnebre había regresado por nosotros. Las voces se fueron acercando más y más. Aparecieron siluetas de personas que con la luz de la lámpara del patio se aclararon y vimos que se trataba de las catequistas. Escuchamos claramente que una de ellas dijo: "Estos muchachos que todavía no llegan y ya son las tres de la mañana".

Al reconocerlas, nos levantamos y corrimos hacia ellas. Los niños más chicos y miedosos comenzaron a llorar, antes no pudieron.

Nos preguntaron que por qué estábamos escondidos y asustados. Todos quisimos responder al mismo tiempo. Al no entendernos nada, nos callaron y dijeron que habláramos uno por uno. Yo fui el que relaté lo sucedido, pero no me creyeron y pidieron a otros niños que hablaran. Como seguían repitiendo lo mismo, manifestaron que éramos unos niños mentirosos y aseguraron que nos reportarían con nuestros papás.

Casi al momento llegó el sacristán, abrió la puerta del santuario, encendió las luces de adentro y agachándose tomó una vela gruesa que estaba sobre el piso y expresó:

"Otra vela. Varias veces he hallado velas en el piso, de seguro son estos chamacos maldosos, pero voy a saber quién es y entonces sabrán de lo que soy capaz, no tengan cuidado".

Nosotros seguíamos parados en la puerta pues de un momento a otro comenzaríamos a cantar *Las mañanitas*. Yo seguía pensando en lo que había sucedido y creo que los otros niños también hacían lo mismo. Observé el suelo por enfrente de la puerta y me sorprendí que sobre la tierra húmeda había huellas de pies descalzos. Miré los pies de las personas que estaban conmigo y todas tenían calzado. Les señalé discretamente a los demás niños lo que estaba observando y también descubrimos que había cera derretida sobre algunas huellas. Las marcas aquellas seguían la misma dirección que aquel cortejo fúnebre. No había duda de que se trataba de lo mismo que minutos antes habíamos observado. Con ello quisimos convencer a las catequistas de lo que habíamos manifestado, pero fue en vano. No quisieron observar las huellas y nos dijeron que ya no querían saber más de aquel asunto y que empezáramos a cantar. Así lo hicimos.

Aquella madrugada del último día de mayo, *Las mañanitas* no se entonaron con la devoción de otros años. Cantábamos desentonados, por más que nos esforzábamos para hacerlo bien, no lo lográbamos. No era para menos.

Estuvimos en el templo hasta que amaneció y cada quien se fue retirando. Yo me alejé tan rápido como pude. Al llegar a mi casa, le platicué a mis papás y abuelos lo que me había sucedido; creo que no me creyeron porque no me dijeron nada. También a los otros niños no les creyeron.

Al año siguiente, el treinta de mayo, las catequistas nos dijeron que tendríamos que ir esa noche a cantar *Las mañanitas* a la Virgen. Yo no fui y los niños que estuvieron conmigo aquella noche del año anterior, tampoco fueron.

Ese día, por la tarde, solamente fui con mi familia al rosario que de costumbre se hacía todas las tardes del Mes de María. De regreso y en casa, nos dispusimos a saborear unos ricos tamales de elote. En eso estábamos, cuando alguien llegó por mi abuelo; él, la mayoría de las veces, asistía a los moribundos en sus últimos momentos y en esa ocasión le tocaba el turno a doña María.

Ella era la señora más anciana de mi pueblo.

Mi abuelo que tenía cierta experiencia en esos casos y que era un buen rezandero acudió de inmediato llevando consigo tres libros de diferente tamaño y un rosario. Yo, como siempre, lo acompañé. Esa noche se veló el cuerpo de doña María.

Al día siguiente se celebraron dos misas, la de la Virgen a las once de la mañana y la misa de doña María a las doce del día.

Estaba por terminar la misa de la Virgen cuando a la puerta llegó el ataúd con el cuerpo de la anciana que iba acompañado de pocas personas. Terminada la ceremonia, el sacerdote se dirigió a la puerta a recibir al cuerpo de la difunta. Se ofició la misa de cuerpo presente. Al terminar, el cortejo fúnebre comenzó a avanzar por el atrio del templo y de ahí seguiría por el Camino Real rumbo al panteón.

Varios niños y yo observamos cómo iban saliendo las personas del templo. Inmediatamente recordamos lo que habíamos visto aquella madrugada del treinta y uno de mayo del año anterior.

Las personas llevaban grandes velas y no es porque se acostumbrara llevarlas en aquellos casos. Lo que pasaba era que cada año se sacaba en procesión a la Virgen María, después de su misa.

La gente pensó que las velas se habían repartido para ir con la difunta. Sin duda se trataba de una ligera confusión.

Las personas seguían avanzando con sus velas, acompañando al cuerpo. Un señor habló fuerte diciendo que las velas eran para la procesión de la Virgen, pero parece que en ese momento nadie lo escuchó, seguían avanzando como avanzaban mis recuerdos; de repente observé lo que jamás olvidaré, ahí estaba el ataúd de aquella noche, era gris, lo recordaba bien y aunque las personas no iban vestidas como las de aquella ocasión, ahí iban con sus grandes velas en la mano, salieron del área del templo y tomaron el Camino Real.

Inmediatamente corrí a observar la tierra húmeda del atrio y con sorpresa observé que ahí estaban las huellas de los pies descalzos. Fui deprisa tras las personas que avanzaban con el cadáver y miré sus pies. Todas estaban calzadas.

¿Quién marcó las huellas?, me pregunté muy sorprendido.

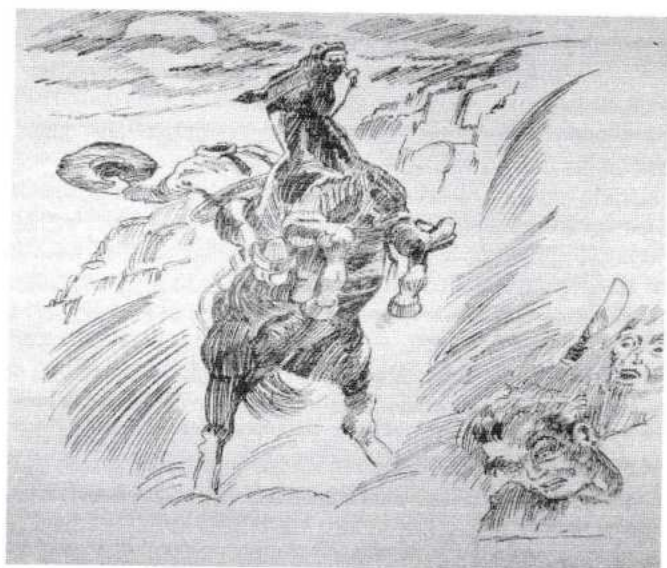
En ese momento nos alcanzó el señor que antes habló muy fuerte y recalcó más sobresaltado, que las velas eran para la procesión de la Virgen y no para acompañar a la difunta.

Como si se hubieran puesto de acuerdo con anticipación, las personas respondieron en coro: "Sólo acompañaremos al cuerpo por un momento y regresaremos a la procesión".

Ya no quise saber más y mejor decidí volver a casa.

10

El Jinete de El Yucunitzá



En aquella fresca noche del mes de abril, mi familia y yo dormíamos tranquilamente. Todo estaba en calma hasta que mis perros comenzaron a ladrar con insistencia. Con el alboroto despertamos y mi abuela dijo que era como la media noche. Mi abuelo se levantó, se enredó la cobija en el cuerpo y tomando su machete, dijo que iría a ver lo que pasaba afuera. Tan pronto como agarró la tranca de la puerta para poder abrir, se escuchó un fuerte relinchido y los perros se alborotaron más. Mi abuelo dudó un poco en abrir. Yo observaba con la ligera luz del pequeño candil que dejábamos encendido todas las noches. Me levanté e imitando al abuelo, me enredé la pequeña cobija y tomé mi machete que era más pequeño. A mi abuela le gustaba que yo acompañara al abuelo. Ella decía que era un niño valiente.

Salimos al patio y con toda la precaución posible, nos dirigimos por donde los perros atacaban con sus ladridos. Yo iba atrás del abuelo.

Con la luz de la luna llena observamos que los perros le ladraban a un jinete negro, su caballo se paraba en dos patas y hacía movimientos raros como si estuviera en una función de rodeo. El jinete, que no pude ver su rostro, hacía gala de ser excelente. Por un momento observamos aquello. Uno de mis perros fue alcanzado por una patada de aquel brioso corcel y lo vimos rodar varios metros. Entonces mi abuelo se enojó y empuñando su machete gritó: "¿Quién anda ahí?".

El jinete no respondió, pero espueleando al caballo salieron disparados después de que el corcel negro se levantó derecho y lanzó un relinchido tan fuerte que hasta nuestros vecinos y los de más allá lo escucharon. En ese momento todos los perros de mi poblado comenzaron a aullar de una forma tan tenebrosa que sentí un fuerte escalofrío y vi cómo mi abuelo se persignó y rápido tomándome del brazo, nos metimos en la casa. Escuché que mencionó el nombre de algunos santos. Adentro, mi abuela estaba sentada en la cama y nos dijo que aquello no era cosa buena. A mi me ordenó persignarme y que rezara la oración de San Jorge. Ya no pude dormir en esa noche. Me la pasé con el pensamiento puesto de lleno en aquello que había visto.

Al día siguiente, fui con mi abuelo al campo y allá le hice varias preguntas acerca de lo que había pasado en esa noche. A cada pregunta él me contestaba con algo que no me convenía. Mi mente infantil me decía que el abuelo algo se traía entre manos.

Terminada nuestra labor del día nos fuimos a casa con los burros cargados de alfalfa para las vacas.

Esa noche cenamos más temprano que de costumbre. Tendríamos que ir al segundo rezo del novenario del compadre de mi abuelo, que había sido sepultado dos días antes.

Recuerdo lo que pasó cuando murió ese señor. Era media noche. Al abuelo y a mí nos tocó ver su muerte. Nos hallábamos junto a la cama del enfermo en agonía. Antes de morir dijo: "Compadre... hasta aquí llegué. Te voy a pedir el último favor. Dile a mi hijo que traiga mi caballo, quiero verlo por última vez, quiero llevarme bien grabada la imagen de mi Bronco".

Le cumplieron su última voluntad. A pesar de que aquel caballo negro, muy bonito por cierto, era tan brioso y que el único que lo podía controlar era su amo, esta vez no fue difícil conducirlo y llevarlo hasta la cama, como si el Bronco supiera que su amo lo necesitaba en ese momento. El enfermo se enderezó, acarició al caballo y le dijo: "Mi Bronco, mi amigo, yo ya me voy, pero allá te espero, no tardes".

Dicho esto trató de besarlo pero no pudo. Después quiso llorar y tampoco pudo; el caballo, como entendiendo a su amo, respondió con un ligero relincho.

Enseguida sacaron al corcel y el enfermo cayó pesadamente sobre la cama.

A los pocos minutos, el compadre de mi abuelo dejó de existir y al momento se escuchó un fuerte relincho del Bronco, quien en su desesperación, como si entendiera lo que pasaba, rompió la sogá que lo sujetaba y salió a todo galope por el patio. Desde ese día el caballo desapareció, lo buscaron por todos lados y no lo hallaron, hasta fueron a los pueblos vecinos y nada. Dicen que cuando sepultaron al compadre de mi abuelo se escuchó un fuerte relincho del Bronco, pero nadie lo vio.

Ahora nos disponíamos a asistir al segundo rezo. Mi abuelo tenía a cargo el novenario de su compadre. Nos dirigimos a la casa del difunto, se llevaron a cabo las plegarias de ese día con la asistencia de casi toda la gente del pueblo y al terminar tomamos café y comimos pan. Después, todos volvimos a nuestras casas.

Esa noche también ladraron mucho los perros, salimos a ver de qué se trataba y nuevamente ahí estaba aquel jinete con su caballo negro. Al vernos, después de que el corcel se parara en dos patas, salió galopando rápidamente al mismo tiempo en que los perros comenzaron a aullar tenebrosamente. Esta vez sí me dio mucho miedo. Nos persignamos y al volver a la cama, recé la oración de San Jorge como me lo había indicado mi abuela la noche anterior. Creo que esta vez hice más oraciones que nunca y rezando me venció el sueño.

La presencia del jinete continuó noche con noche a la misma hora, porque los perros se alborotaban en ese momento. Nosotros ya no salíamos a ver y sólo rezábamos con devoción a las ánimas benditas. Para ese entonces, varias personas del pueblo aseguraban que habían visto lo mismo.

La última noche del novenario de la Cruz de aquel señor, se dijeron las oraciones finales, entonamos los últimos cantos y se levantó la Cruz. En ese momento todos los presentes escuchamos un fuerte relincho. Nadie dijo nada, solamente nos mirábamos como preguntándonos algo. Besamos la Cruz y después todos nos fuimos a casa.

Al día siguiente, después de que dejamos la Cruz en el panteón, al venir de regreso, por el camino, encontramos muerto al Bronco. El pobre caballo tenía las pezuñas destrozadas como si antes de morir hubiera caminado demasiado. El hijo del difunto, con la ayuda de varios señores, llevó al Bronco hasta su casa y lo enterró en el patio.

Ese día, a la media noche, ya no escuchamos nada. No ladraron ni aullaron los perros. Nadie oyó el relincho del caballo. Todo estuvo en calma.

Amaneció, y cuando íbamos por el camino al campo, nos encontramos con un amigo de mi abuelo. Se detuvieron a platicar por un momento y de lo primero que hablaron fue de las extrañas apariciones del jinete por las noches. El señor dijo que aquello encerraba un gran misterio. Mi abuelo mencionó que eso era una simple alucinación y que pronto desaparecería. Llegaron a la conclusión de que teníamos que rezar mucho y que pagaríamos una misa por las ánimas que andaban en pena. Se despidieron y seguimos nuestro camino.

Pasaron los días. Algunas personas comenzaron a decir que por las noches veían a un jinete con traje negro y que llevaba un caballo y un perro también negros. Decían que subían y bajaban por el cerro Yucunitzá. Hubo quien aseguraba que vivían allá arriba, en una parte del monte.

Una vez fueron por el abuelo para que curara de *aire* y *espanto* a don Paciano, que según él, lo había atacado el perro negro de aquel jinete misterioso. Al ver llegar a mi abuelo, inmediatamente comenzó a relatar su historia.

"Pues fíjate que esa noche me eché unos traguitos de aguardiente y muy temprano me despertó la resaca, como ya no la aguantaba, me levanté, tomé otros tragos pero sin emborracharme y me fui para el cerro a cortar el zacate. Había iniciado a trabajar, cuando escuché que algo se acercaba, de repente observé que el jinete con su caballo negro y su perro estaban parados junto a mí, al alzar mi machete para amenazarlos, el perro se me lanzó encima con gran furia como si tratara de arrancarme la carne y el hueso y mira como quedé. Después desaparecieron y a mí me encontraron tirado allá en el cerro".

Mi abuelo le dijo que se sacara la camisa para poder curarlo y su cuerpo tenía heridas parecidas a mordeduras de perro. También tenía marcas como de garras de algún animal y tenía moretones en todo el cuerpo. El pobre hombre se veía muy espantado.

La gente seguía diciendo que veían al extraño jinete que iba rumbo al Yucunitzá. Algunas personas aseguraban que se trataba de un asaltante disfrazado, otras que era el enamorado de "fulanita" y varios decían que sin duda era un espíritu que andaba en pena. Lo que fuera, nadie quería comprobarlo.

Otra noche mi abuelo fue a curar a un niño que no podía dormir y estaba llorando mucho. Decían sus papás que le había pegado el *mal aire*. Llegamos y el abuelo utilizando su experiencia, dio de tomar algunos remedios al chiquillo que en poco tiempo dejó de llorar. Después se durmió. Los papás del niño muy agradecidos nos dieron de cenar y como a las once de la noche regresamos a casa.

Tomamos el Camino Real. Después de caminar buen tramo escuchamos que alguien se acercaba a nosotros. Al encontrarnos, yo no sabía qué hacer, la luna daba una luz clarísima y pudimos observar de cerca a un jinete que iba montado en un caballo negro. Los seguía un perro que era tan negro como ellos. Mi abuelo saludó amablemente y el jinete no dijo nada. Su perro siguió como si no nos hubiera visto. Más adelante el caballo relinchó, claramente vimos que se levantó en dos patas y después siguió por el camino. Mi abuelo era una persona que no sabía qué era el miedo y fuimos tras aquel jinete, lo seguimos a cierta distancia y observamos que se desvió del camino y comenzó a subir por el cerro Yucunitzá. Nosotros ya no seguimos y regresamos para retomar nuestro camino.

Al otro día fuimos al panteón porque mi abuelo quería visitar la tumba de su compadre. Ahí rezamos, rociamos agua bendita y de regreso, antes de tomar el camino para nuestra casa, al abuelo le hice una proposición infantil, al fin niño. Le dije que ya que andábamos visitando tumbas, por qué no visitábamos también la tumba del Bronco. Me dijo que era buena la idea y que aprovecharía la ocasión para saludar a la familia de su compadre muerto.

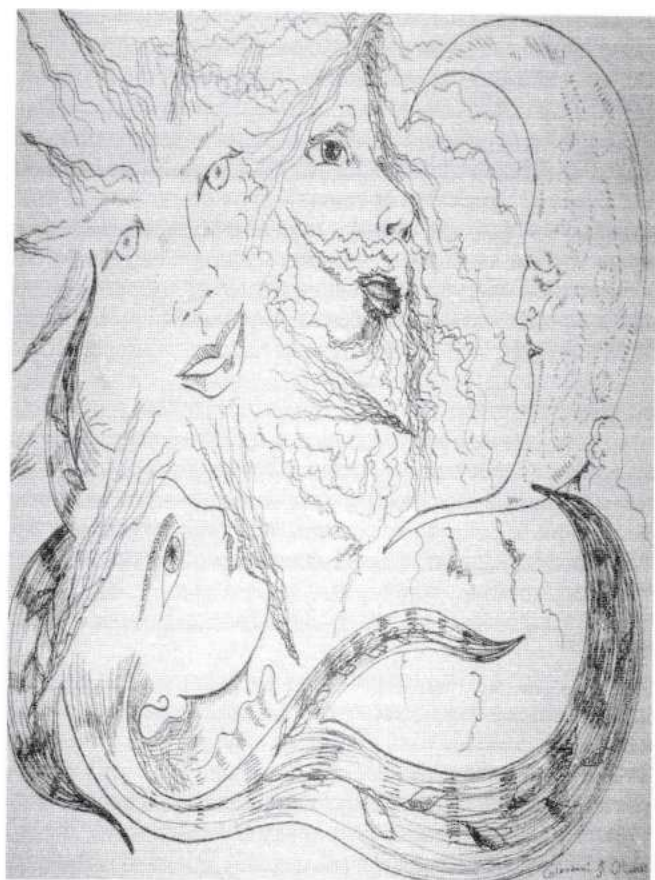
Llegamos, observamos el lugar donde estaba enterrado el caballo. Miré que el abuelo vio sorprendido la fosa y pronunció algunas palabras que no entendí; la tierra estaba removida como si recientemente alguien hubiera sacado algo de adentro, como que si hubieran desenterrado al Bronco.

La esposa del difunto que nos estaba mirando fijamente dijo: Así ha estado siempre compadre, no sé que animal rasca en las noches, pero ahora que venga su ahijado le voy a decir que selle la fosa con cemento; si su compadre viviera, no sé que nos diría si viera esto.

Mi abuelo le respondió: No comadre, déjala así, la tapa de cemento sería mucho peso para el Bronco.

11

La Laguna de Camotlán



Al oriente del pintoresco pueblo de Santa María Camotlán, bajo el hermoso cielo mixteco, existe una laguna misteriosa. Para llegar a ella se necesita recorrer un sendero que serpentea los pies de los montes casi desnudos. El camino parece largo y pesado pero en realidad no es así. Quien quiere llegar, llega y no se arrepiente pues tendrá ante sus ojos una obra caprichosa de la naturaleza. Sólo hay que tener algo de precaución y decisión.

Hace varios años no resistí la tentación de visitar la bella laguna y como era el primer día del año, nadie me quiso acompañar, así es que decidido me dispuse a llegar a Santa María Camotlán. Estando allá, en el parquecito del pueblo, pregunté a unos señores por el sendero que me conduciría a la laguna. Ellos me lo indicaron y no fue difícil encontrarlo.

Avancé distraídamente observando a mi alrededor. Es muy bonito caminar por ahí. No había caminado mucho, cuando le di alcance a un anciano que como yo, llevaba la misma dirección, lo saludé y él amablemente correspondió a mi saludo. Fue el inicio de una plática que cambiaría mi forma de ver las cosas.

Aunque íbamos más despacio, el camino resultaba más agradable. Ahora ya tenía un compañero que también se dirigía a la laguna, mi colega hablaba de una forma tan especial que daba la impresión de saber muchas cosas. Sus ropas eran blancas, impecablemente limpias, llevaba un sombrero nuevo de palma y portaba un bastón que casi no ocupaba. Su semblante era tan tierno que a veces aparentaba no ser tan viejo como era.

Seguimos avanzando y con la plática no me di cuenta cuando llegamos a la orilla de la laguna. Nos ubicamos en un buen lugar para apreciarla. En lo que admirábamos las aguas, aquel anciano tomó su bastón y con él me señaló la balsa y el cenit del cielo a la vez que comenzó a relatarme: Hace muchos años, cuando la madre naturaleza ya estaba cansada de lo mal que se portaban los hombres, de las plagas de las plantas y de la furia de los animales, decidió exterminarlos para siempre. Entonces pidió al Rey de los Cielos que la cubriera completamente de agua para que todos los seres vivos perecieran. El Rey de los Cielos le dijo que si era eso lo que quería, lo haría después de escuchar la opinión del Sol y la Luna.

Se reunieron los cuatro, El Rey de los Cielos, La Madre Naturaleza, El Sol y La Luna. El Sol opinó que si los seres vivos se extinguían, él también desaparecería, pues ya no tendría caso seguir viviendo.

¿A quién le daría vida entonces?, les preguntaba.

La Luna, aprovechando la oportunidad de hacerse reina, pues era muy egoísta y ambiciosa, manifestó entusiasmada que la Madre Naturaleza tenía razón, que era el momento apropiado para cumplirle lo que pedía y que si la voluntad del Sol era desaparecer también, que así fuera.

¿Qué la Madre Naturaleza y el Sol no han dado vida suficiente?, interrogó ocultando su malicia.

Entonces El Rey de los Cielos, conociendo la forma de pensar del Sol y la actitud malévola de La Luna, dijo: Ya he escuchado a cada uno y veo claramente que a la Naturaleza le hace falta mucho que dar, sólo hay que tener paciencia, la vida debe continuar. Respecto al Sol, viendo su lealtad ante los seres vivos, seguirá cumpliendo su misión de dar luz, calor y vida por mucho tiempo. Lo que corresponde a la Luna, ésta por ambiciosa, la condeno a seguir dependiendo del Sol y será un cuerpo seco casi muerto por el resto de su tiempo.

Después de escuchar las palabras del Rey de los Cielos, la Luna enojada por no conseguir sus mezquinos propósitos, lloró inmensamente hasta quedar seca y sus lágrimas cayeron precisamente en este lugar formando la laguna.

Ahora, cuando La Luna pasa por aquí, se detiene un momento y observa la laguna como recordando lo sucedido aquella vez, pero ya no llora, ahora ríe. Reconoce que la vida es lo más hermoso que El Rey de los Cielos ha creado y se dice que ya no es egoísta ni ambiciosa.

Al terminar su relato, el anciano se levantó y esta vez lo noté cansado, apoyado en su bastón, estuvo de pie por unos minutos observando fijamente a la laguna, en silencio. Después sin decir nada, emprendió el camino de regreso, lo seguí y no quise interrumpir sus reflexiones. Más adelante, reanudó la plática, pero esta vez hablaba de otras cosas que sinceramente no recuerdo porque iba pensando en lo que me dijo allá, en la orilla de la laguna. Poco antes de llegar al pueblo, el señor se despidió de mí diciéndome que por ahí tomaba otro camino que lo llevaba a su casa. Me sentí muy triste con la despedida del anciano, como si lo conociera por mucho tiempo.

Seguí avanzando, llegué al pueblo y ahí en el parquecito, todavía se hallaban las personas que me habían dado información sobre cómo llegar a la laguna; al verme, me reconocieron y se acercaron a mí para que les contara sobre mi paseo. Yo les relaté lo que me sucedió y describí lo mejor que pude al anciano del camino. Noté que conforme hablaba de aquel señor, a ellos le atraía más y más cada palabra, como si fuera alguien especial, como si se tratara de un hombre extraordinario; yo sé que lo era, lo recuerdo muy bien. Cuando terminé de hablar, uno de los señores, el de sombrero café y chamarra de mezclilla, me dijo que tuve mucha suerte al encontrarme con aquel señor.

Pocos son los que tienen esa fortuna, me dijo.

Yo quiero hallarlo pero no puedo, mencionó el otro señor.

Al decirme esto, les pregunté si ese señor no era de su pueblo o por qué decían eso. La tercera persona me contestó diciéndome que para él, no sería nada grato encontrarse con el anciano.

Para entonces yo estaba muy confundido, verdaderamente no sabía qué trataban de decirme, el joven que estaba con ellos no decía nada, pero se notaba nervioso, como si le temiera a algo. El señor de la chamarra de mezclilla y sombrero café dirigiéndose a mí, me contó algo insólito. Dijo: "Mira muchacho, hace tiempo vivió en este pueblo un anciano muy parecido al que tú nos acabas de describir, allá afuera del pueblo todavía existen las ruinas de su casita y dicen que su tumba se encuentra en el antiguo panteón, pero no te asustes porque según se cuenta, fue un señor muy bueno capaz de vender todo lo que tenía con el fin de hacer un hermoso camino hacia la laguna. Desgraciadamente no lo logró porque la muerte lo sorprendió y por eso dicen que vaga por esa brecha. Así como tú lo miraste, varios lo han visto y dicen que después de escuchar sus palabras, se sienten muy tranquilos y llenos de vida con el deseo de hallarlo nuevamente".

Se despidieron de mí y se marcharon, calle arriba. Después de unos días, quise comprobar lo que me habían dicho aquellas personas en el parquecito de Camotlán, el señor de sombrero café y chamarra de mezclilla, el otro señor y el joven que se veía asustado. Quería que me acompañaran. Los busqué en el centro del pueblo y no los hallé, pregunté por ellos y nadie sabía algo.

No quise seguir molestando a más personas con mis preguntas y decidí hacer la investigación yo solo.

Ahí estaba la casita en la orilla del pueblo. No quise acercarme porque no tenía permiso de hacerlo. Decidí ir al panteón viejo para ver si era cierto lo que me habían dicho, que ahí estaba sepultado el anciano del camino.

Llegué al camposanto dispuesto a buscar la tumba de aquel señor. Alguien se hallaba en el otro extremo del panteón y para facilitar mi búsqueda, me acerqué a esa persona para preguntar y cuál fue mi sorpresa, ¡era el anciano del camino!

Quise huir pero no pude hacerlo. El anciano se acercó a mí y con su voz amable me preguntó: ¿Y ahora qué buscas?

Yo no sabía qué decirle. Sólo lo miraba fijamente.

Al ver mi asombro me dijo: Ya sé qué estás pensando. Pero no lo creas. A muchos les ha pasado lo mismo. Como me ves, yo soy de carne y hueso y hoy he venido a dejar algunas flores a las tumbas de mis hijos. Si yo te contara...

Ya no le hice caso y observé las tumbas que tenían flores frescas. Cada una de ellas tenía una fotografía. Miré ansiosamente a la que tenía enfrente. No había duda. En la foto se hallaba un señor con chamarra de mezclilla y sombrero café. Las otras dos, ya no quise verlas.

12

El Cerro del Sombrerito



Cierto día del mes de agosto, mis primos y yo decidimos ir al Cerro del Sombrerito, este lugar es una protuberancia del Cerro de la Soledad y se nota como si fuera un injerto del monte. Tiene la forma de un sombrero y sobre su cima predominan las plantas de guajes dándole un toque muy especial para complementar un agradable paisaje. Desde ahí se observa un hermoso panorama allá abajo, en semicírculo, a la hermosa ciudad y a otros pueblos pintorescos. También se pueden admirar otros lugares como la impresionante cima del Cerro de la Soledad, el Yucunitzá, el Cerrito de las Minas, el Río Mixteco y otros sitios más. Es un mirador perfecto.

Queríamos echar un vistazo desde allá arriba. Desde que éramos unos chiquillos nos gustaba subir a la cima del sombrerito. Después dejamos de ir por tres años y esa vez ya siendo adolescentes, nos propusimos reanudar nuestras visitas

Emprendimos nuestro ascenso a las diez de la mañana. Para llegar allá no se necesita tanto tiempo, lo que pasa es que nosotros tardamos más de lo debido porque conforme subíamos, nos íbamos deteniendo para explorar brevemente el lugar, y de vez en cuando recogíamos alguna pequeña piedra redonda y verde, que semejava a una pieza de collar.

Al observar que mis primos Macario y Apolinar llevaban en la oreja un ramito de ruda, inmediatamente les pregunté por qué motivo llevaban aquella hierba de aire. Macario que era el mayor de nosotros, me contestó que su mamá les ordenó que llevaran eso porque allá en el cerro hay aire de muerto, ya que hace muchos años ahí enterraron a nuestros antecesores. No dije más, busqué sobre mi pecho el diminuto crucifijo que siempre cargaba conmigo y seguimos avanzando.

Más arriba encontramos fragmentos de cerámica, piedras ligeramente labradas, algunas excavaciones y pequeños trozos de huesos que con sólo tocarlos se desmoronaban.

Llegamos a la base del monte y buscamos el lado más propicio para subir a la cima. Sin mucho esfuerzo, ya estábamos allá sobre el Cerro del Sombrerito. Apreciamos todo lo que de ahí es posible, tardamos buen tiempo en hacerlo y en seguida decidimos sentarnos bajo la sombra de los guajes para saciar el hambre, que para ese momento ya era insoportable. Comimos y así como terminamos, nos fuimos recostando sobre el pasto porque ya nos dominaba un fuerte sueño.

No supe cuándo me dormí ni en que momento se durmieron mis primos. Lo que sí sentí fue un fuerte manotazo de Macario sobre mi estómago que me hizo perder el aire y el cual me levantó del suelo tan veloz como una liebre. Ya le iba a corresponder el golpe pues pensé que se trataba de una broma pesada, cuando observé que mi primo seguía ahí tirado sobre el pasto, se retorció, quejaba y estaba como morado. Inmediatamente desperté a mi primo Apolinar que roncaba muy fuerte y tal vez por eso no escuchaba los quejidos de su hermano.

Los dos asustados mirábamos a Macario sin saber qué hacer, tratamos de reanimarlo pero nuestros esfuerzos fueron en vano. Apolinar comenzó a gritar muy fuerte pidiendo auxilio y nos consolamos al observar que se acercaba una anciana que no era tan vieja. Llegó junto a nosotros, nos observó, miró a Macario y en seguida dijo que fuéramos a cortar unas hierbas, salvia y orégano, que eran necesarias para hacer volver a mi primo. Rápidamente nos lanzamos en busca de aquellas plantas y tan pronto las hallamos, regresamos.

Algo extraño estaba pasando, mi primo y la anciana ya no estaban, solamente se encontraban en el lugar las mochilas de nuestras cosas. Comenzamos a gritar como locos y nadie nos respondió, corrimos a observar los alrededores y nada. Dábamos vueltas y vueltas sobre la cima del monte cuando observé que allá sobre la falda del cerro de La Soledad, que por cierto no está muy lejos, iba la anciana cargando en brazos a mi primo, pero no se dirigía a mi pueblo ni a la ciudad, se iban más para arriba. Nos lanzamos tras aquella señora que avanzaba muy rápido, tal parecía que tenía más fuerzas para su edad y que no llevaba nada en sus brazos.

Como pudimos, fuimos en persecución de la extraña mujer que cada vez se veía más lejos. Descendimos del Sombrerito y ascendimos por la falda del cerro de La Soledad, pues se forma como un columpio. Ya casi nos abandonaban las fuerzas cuando llegamos a una mesilla del otro cerro, cerca de la Peña Rajada, observamos a nuestro alrededor, vimos que tras un montón de lechuguillas había algo, nos acercamos y miramos a Macario. La anciana aquella ya no estaba. Mi primo yacía recostado sobre el pasto y tenía la cabeza colocada sobre una piedra, ya no se retorció ni se quejaba y tenía su color normal. Estaba quieto, muy quieto. Al principio creímos que estaba muerto y que aquella señora lo había matado. Pero no fue así, porque de repente se levantó y comenzó a caminar dando largos pasos como si tuviera gran prisa. Nosotros lo mirábamos sorprendidos y no nos quedó más que seguirlo.

Por más rápido que caminábamos y a veces corríamos, no lo podíamos alcanzar. Lo vimos que dio la vuelta tras una roca grande, después desapareció, por más que lo buscamos no lo hallamos y cuando ya casi nos dábamos por vencidos, escuchamos que allá sobre el Cerro del Sombrerito alguien nos gritaba. Contestamos con nuestros gritos y el eco del monte se encargaba de enredar las palabras no haciendo posible escucharlas con claridad. De seguro no era Macario porque nadie puede bajar y subir tan rápido, eso era imposible. Avanzamos hacia donde nacían las voces y después de hacer el recorrido que nos llevó varios minutos, pudimos ver que quien nos gritaba era mi primo. Fuimos hacia allá y el encuentro casi se convierte en trifulca. Mi primo Macario estaba muy disgustado. Nos dijo que por qué lo dejamos solo y que de no ser por las hormigas que le picaron, hubiera seguido durmiendo. Estaba muy molesto, también su hermano y yo lo estábamos. Nosotros le echábamos la culpa, él por igual nos culpaba y así seguimos discutiendo por un buen rato sin hacer caso de la noche que se acercaba.

Ya calmados los ánimos, comenzamos a bajar del monte y fuimos tomando las cosas más en serio. Macario nos mostró los piquetes de las hormigas y las marcas del suelo. Estaban frescos. Apolinar y yo mostramos las rasgaduras de la ropa y de la piel que nos ocasionaron los arbustos cuando corrimos supuestamente tras él. De algunas heridas todavía nos escurrían pequeños hilillos de sangre. Con las pruebas presentadas sentí miedo, más miedo iba a sentir después. Yo busqué con ansiedad mi pequeño crucifijo, no estaba sobre mi pecho. Observé que Apolinar también se llevó la mano a la oreja para buscar su ramito de ruda y no lo tenía. Lo mismo hizo Macario y también ya no traía la ruda sobre la oreja. De seguro el crucifijo y los ramitos de ruda se nos habían caído en el camino.

Casi corriendo nos dirigimos a la casa de mis primos que era la más cercana. Queríamos comentar con alguien lo que nos había sucedido y sentíamos la necesidad de rociarnos alcohol o agua bendita, como si lleváramos un fuerte peso encima.

Llegamos y observamos que había mucho movimiento en casa de mis primos. Unos entraban y otros salían. Macario que es el hermano mayor de mis primos, rápidamente preguntó que por qué había tanto alboroto. Mi tía se acercó y vimos que estaba llorando. A mi primo le dijo: "Se murió tu abuelita, de un momento a otro llegará el cuerpo, ya viene en camino".

En seguida olvidamos lo que nos pasó en el monte. Mis primos se reunieron con sus hermanos pequeños y comenzaron a llorar. Yo me despedí diciéndoles que avisaría a mis papás y abuelos y que regresaría lo antes posible.

Esa noche regresé con mi familia a casa de mis primos para esperar y velar el cuerpo de mi tía, el cual llegó pasada la media noche; su muerte fue inesperada ya que no era tan vieja y no era achacosa. La traicionó su corazón que no quiso seguir latiendo en su pecho.

Al día siguiente, antes de partir hacia el panteón con el cadáver de mi tía, los familiares pasaríamos a despedirnos de ella. El ataúd estaba abierto. De uno en uno pasábamos a dar el último adiós. Cuando me tocó pasar, al acercarme al cuerpo, con asombro observé que a al pie del ataúd, había dos ramitos de ruda y más allá, estaba mi crucifijo.

13

La Laguna Encantada



Los lunes de cada semana, a las cuatro de la mañana, partía de su estación el autobús en el cual yo acostumbraba viajar. Lo hacía de esta manera para dirigirme a la hermosa población de Juxtlahuaca, donde trabajaba. El autobús inició su recorrido a la vez que se empezaron a escuchar los ronquidos de varios pasajeros que aprovechaban el viaje para reponer parte de su sueño.

Mi compañera de asiento era una anciana, no muy vieja, la que en vez de dormir, comenzó a platicar conmigo, me dijo que era de Tecomaxtlahuaca y que venía del DF, mencionó también que la vida allá en la capital era muy difícil, que había muchos rateros, asesinos y pobres, que se comía carne de perro o de burro haciéndola pasar por carne de res. Me dijo que ella venía muy decepcionada de allá, que de no ser porque fue al entierro de su primo que lo mató un microbús, no hubiera ido, que ya fue en otras ocasiones y que ha regresado mal de la cabeza y muy enferma del estómago.

Yo la escuchaba sonriente y de vez en cuando le manifestaba mi aprobación. Me preguntó que cuál era mi lugar de origen y qué iba hacer a Juxtlahuaca. Se notaba rápidamente que la señora no tenía sueño, creo que era por su edad o por la impresión que le dio la capital. Yo conozco a muchas ancianas que ya no pueden dormir una parte de la noche y que despiertan a alguien para que platique con ellas. Me estaba tocando mi turno con aquella señora. La anciana me tomó del hombro derecho, que es en el lado donde iba ella, me sacudió como para comprobar que yo estaba despierto y me dijo: Mire joven, cuando pase por La laguna encantada no deje de persignarse, ahí pasan cosas raras.

Se notaba que la señora quería seguir platicando porque estaba abordando otro tema, la seguí escuchando y ella reafirmó: Es cierto, ahí pasan cosas raras; por las noches se oyen a mujeres que lloran y varios hombres han visto ahí a mujeres hermosas. Tal vez por eso se lanzan a la laguna, ¡pero usted joven, no lo vaya a hacer! Podría arrepentirse. También se escuchan ruidos y gritos extraños, en la orilla aparece una jicarita que incita a tomar agua. Dicen que hay un fuerte remolino en el fondo de la laguna porque ahí pasa un brazo de mar, además han muerto ahogadas varias personas, si lo sabré yo, ahí murió ahogado mi marido por no saber nadar, el pobre se metió a lo hondo y lo sacamos inflado. Usted, joven, no intente comprobarlo. Sé por qué se lo digo.

Escuché que la anciana comenzó a sollozar y yo no supe en qué momento me dormí.

El autobús recorrió la mayor parte de su trayecto. Ya lejos del lugar de donde habíamos partido, se detuvo y el conductor nos dijo que habíamos llegado a La laguna encantada y que se detendría unos minutos para que bajáramos al baño, a tomar agua o a estirar las piernas. La mayoría de los pasajeros bajó del camión, algunos comían algo, otros se escabulleron por la falda del cerro, dos o tres estiraban las manos o los pies, había quien tomaba agua del pequeño canal que se halla a un lado de la carretera.

No pude ver a la anciana, compañera de asiento, después me fui acercando lentamente a la laguna, me detuve en la orilla y la empecé a observar. Es bella, azul, no es muy extensa en su forma pero es amplia en la magia que encierra, por algo le llaman La laguna encantada. Inmediatamente recordé lo que la anciana me dijo.

Yo seguía observando a la laguna y presentía que alguien me observaba, di la vuelta para ver quién me miraba y las otras personas seguían con lo suyo. Lo de la jicarita me llamaba mucho la atención, quería verla, la busqué con la mirada fija en el contorno de aquella laguna y nada. Como atraído por algo inconsciente comencé a caminar por la

orilla. Estaba tan maravillado con aquel lugar, que no me di cuenta cuando los compañeros pasajeros abordaron nuevamente el autobús y se marcharon. No me preocupé pues no estaba tan lejos de Juxtlahuaca, en cambio, era una buena oportunidad para echarle un vistazo a lo que tenía enfrente de mis ojos.

Esa mañana todo estaba en calma. Después de caminar, observar y pensar, decidí tomar un poco de aquella agua cristalina, azul, incomparable. No llevaba con qué tomarla y decidí agarrarla con mis manos. Me agaché y vi su transparencia, es como un cristal muy fino, hacia abajo se veían algunas raíces de los sabinos y a un lado de las raíces se hallaba una jicarita como si estuviera atorada en ellas, no se veía muy lejos, podía alcanzarla con la mano. Me enderecé un poco a medida de que pudiera enrollar las mangas largas de mi camisa y chamarra de mezclilla para no mojarlas y fui metiendo la mano poco a poco. El agua estaba tibia, conforme iba estirando el brazo, parecía que la jicarita se alejaba un poco más. Seguía estirando el brazo y parte de mi ropa ya estaba mojada.

Yo insistía en agarrar aquello cuando resbalé y caí de lleno como en un clavado. Mi peso me llevaba rápidamente hacia abajo y el fondo del agua parecía acercarse más y más. Contenía la respiración y no estaba asustado. Lo tomaba con calma pues era un excelente nadador. Sentí que tocaba fondo y la claridad del agua seguía. A mi lado observé una abertura grande como una entrada y ahí estaba la jicara, avancé hacia ella, no sé qué me pasó, pero al llegar a la puerta de lo que parecía una cueva, me olvidé de la jicara y observé hacia adentro. Seguía la claridad y ésta permitía ver bien a la gruta. Penetré un poco más, me había olvidado del tiempo y del aire. De repente sentí una fuerte presión que me lanzó hacia muy adentro de la caverna, entonces me asusté y pensé que era mi fin. Quise retornar pero no pude, una fuerza extraña me empujaba más y más hacia adentro.

Muy adentro de la cueva hacía giros como en espiral y de repente ya no había agua, sólo roca y luz natural, las paredes de la caverna no eran ásperas, alguien las hizo. Un aire fresco se podía respirar. Comencé a avanzar lentamente por aquel trecho. Miraba para arriba, para abajo, para los lados, caminaba con precaución, mis ojos tan abiertos como abiertos llevaba los brazos por si acaso tropezaba y seguía avanzando como atraído por algo.

Ya había avanzado buen tramo cuando divisé la desembocadura de la cueva, apresuré el paso y me detuve al llegar al final. Al frente se veía un paisaje hermoso con árboles, flores y pasto; abajo de mis pies había escalones de piedra. Bajé y caminé embobado por aquel lugar. Al ver un manzano me dirigí hacia él, corté una de sus frutas que eran grandes, dulces y jugosas; yo tenía hambre y con ellas pude saciar mi apetito, había más árboles con frutos frescos.

De repente escuché como que alguien jugueteaba tras unas piedras que brillaban por el agua que escurría en ellas. Me acerqué cauteloso tras las piedras y pude observar que una linda muchacha de pelo largo, se bañaba jugueteando en las aguas de un arroyo. La observé por buen rato hasta que mi mano izquierda, desprendió una roca pequeña del lugar donde me detenía y ésta calló al agua haciendo ruido. Fue lo que me delató. La chiquilla giró tan rápidamente la cabeza que no me dio tiempo de esconderme. Sin duda me había visto. Observé cómo se zambulló y esperé a que emergiera. No reapareció en el

agua. Tras de mí escuché una voz que me dijo: ¿Qué haces aquí?

Asustado me di la vuelta para ver quién era. Estaba parada ahí la muchacha. Miré su cuerpo, su piel no era morena ni blanca, estatura mediana, tenía pelo largo, un rostro sonriente, en ella todo era agradable. Estaba cubierta con un lienzo blanco. Como tardé en contestarle me volvió a preguntar: ¿Qué haces aquí?

Embelesado con aquella belleza no supe qué contestar y solamente pude balbucear: No sé. Sólo estoy aquí, pero no sé.

Crucé mis brazos y demostré toda mi ingenuidad.

No supe en qué momento nos rodearon varias mujeres, salieron de diferentes partes, había jóvenes, adultas y ancianas. Sus vestidos eran blancos como la niebla, ropas extrañas como extrañas eran ellas. No había varones. Todas me miraban sorprendidas como si hubieran visto algo raro, pero de seguro yo era el más sorprendido. Una anciana de aspecto agradable y que portaba un bastón como de mando, se acercó a mí y me dijo: ¡Tú eres un elegido!

Levantó su bastón y colocándomelo en el pecho por encima del corazón, volvió a decir casi gritando: ¡Él es uno de los elegidos! Así está escrito en la roca del agua. Ustedes mujeres saben bien que los hombres que sean capaces de llegar hasta aquí, se unirán a las mujeres más jóvenes y procrearán mujeres de nuestra especie para este nuestro espacio. ¡Él es uno de ellos!

En ese momento reconocí la voz y el aspecto de aquella mujer. Se trataba de la señora que fue mi compañera de asiento en el autobús. La que me contó cosas y me habló de La Laguna Encantada. No había duda, era ella.

Dos mujeres bellas me tomaron de los brazos y me condujeron hasta una amplia explanada. Alrededor había casas extrañas de piedra y paja, eran raras pero bonitas. Ahí me sentaron en una silla muy grande labrada en roca blanca. Me colocaron en la cabeza un ramo de plantas que olían a menta y me dieron de tomar algo parecido a un jugo de frutas revuelto con leche. Todo era raro para mí.

Unas mujeres se quedaron conmigo, no me decían nada, se veían unas a otras y sonreían. Otras mujeres entraban y salían de una casa grande que estaba a mi derecha. La chica que yo había visto en el arroyo también se fue sin decirme nada.

No estuve mucho tiempo así pues al poco rato llegó la muchacha que hallé en el arroyo y me dijo: ¿Tienes miedo? No temas, al rato cuando la luz comience a opacarse, iniciará la ceremonia de nuestra unión, tú y yo formaremos una pareja, la única, si es que así lo quieres y si no, escogerás entre todas las mujeres jóvenes la que a ti te agrade.

Sin contestarle la tomé de las manos y ella entendió mi respuesta a la vez que agregó: Nos uniremos ante todas y después de la ceremonia te revelaré un secreto.

Sin decir más, me dio un beso en la mejilla y se dirigió a una de las casas, la que tenía muchas flores en la puerta. Yo me quedé boquiabierto sin saber lo que estaba pasando. No me dieron tiempo de reflexionar. Se acercaron tres mujeres que me condujeron a otra casa, ahí había una bañera muy grande. Sobre el agua flotaban hojas de alguna planta de aroma muy agradable. Me dijeron que me metiera ahí para purificarme. Así lo hice. Cuando salí, me sentí muy bien. Ya no era el mismo. En aquella habitación había ropa distinta a la mía. Cuando ya estuve listo, me condujeron nuevamente a la silla de piedra blanca, yo me dejaba llevar como un maniquí. Ya sentado, nuevamente me colocaron en

la cabeza una especie de corona con hojas de alguna planta que olía agradable y entrelazadas algunas flores blancas. Me veía curioso pero no decía nada, ¿a quién se lo iba a decir? Seguían dándome de aquel líquido lechoso con sabor a frutas y a leche.

La luz natural cada vez se hacía más opaca, fue entonces cuando todas las mujeres salieron de sus casas y comenzaron a rodear la explanada. Creo que todas estaban ahí. Tres de las mujeres, las que me llevaron a la silla, acompañaron a mi supuesta prometida a mi lado y ella se sentó junto a mí en la misma silla, con razón la silla era tan grande pues servía para dos personas. Ella iba vestida casi como yo, excepto por su corona de plantas que tenía flores rosas.

Las demás mujeres sólo observaban y no hacían ni decían nada. Hubiera reinado un completo silencio de no ser por los cantos de algunas aves que hasta entonces yo no había distinguido.

De repente, de la casa más grande, salió la anciana con su bastón en alto, ahora lo traía adornado con flores. Se dirigió a nosotros y con el bastón adornado tocó nuestras cabezas. Ordenó que bebiéramos un líquido diferente al que ya habíamos tomado, hizo que nos tomáramos de las manos y pronunció una serie de palabras. Al terminar de hablar, se inició un ritual, hubo danzas y cantos extraños, se sirvieron comidas y bebidas raras.

Se retiró la anciana que ya era familiar para mí, tras ella las otras mujeres también se fueron. Mi compañera, que no me soltó las manos durante el tiempo que duró la ceremonia, me condujo a la habitación que tenía la puerta adornada. Ya adentro, nos sentamos en una especie de banco cubierto por un lienzo blanco. Apretando muy fuerte mis manos y con una voz triste, ella me dijo: Ahora te voy a revelar el secreto, ya estamos unidos y tendremos muchas hijas, pero el día en que tengamos un hijo varón, ese día tú morirás, así está escrito en la piedra del agua y así se hará.

Yo seguía sin entender.

Pasó el tiempo, mi bella mujer embarazada daría a luz a nuestro primer hijo. La condujeron a una casa especial. Al poco rato se escuchó un llanto débil, salió la anciana del bastón, y gritó: ¡Es nuestra! ¡Es mujer!

Hubo gran alegría entre las mujeres.

Así nació la segunda hija, la tercera, la cuarta, la quinta y la sexta. La séptima vez, trasladaron a mi singular mujer a la casa de los partos, esperamos un momento y escuchamos el llanto que esta vez era más fuerte que los otros seis anteriores. La anciana tardó más tiempo que de costumbre en salir a comunicar lo que pasaba. Ésta vez con el recién nacido en brazos dijo con voz altanera más fuerte que antes: ¡Es un varón! ¡Es un hombre!

Dio la vuelta y se volvió a meter en aquella casa. Tres mujeres adultas y fuertes me sujetaron de los brazos como si creyeran que yo iba a salir corriendo de aquel lugar, ¡Ojalá y hubiera podido! Me condujeron a la casa donde permanecía mi adorable mujer, al verla reposando sobre la cama, logré desprenderme de las mujeres y corrí a su lado. Ella apretó con fuerzas mis manos y de sus hermosos ojos rodaron lágrimas muy tiernas. No me contuve y también lloré. Sabíamos lo que iba a pasar. Era mi fin. Las mujeres fuertes me volvieron a sujetar de los brazos, me arrancaron de aquella dulzura que tanto había adorado. Me condujeron a la salida de aquel lugar.

Al pasar por el arroyo donde vi por primera vez a la bella mujer que era mi compañera, suspiré profundamente y de mis ojos volvieron a brotar lágrimas que se mezclaron con las aguas.

Ya en la salida de aquel lugar, observé que una de las tres mujeres que me sujetaban, sacó un puñal brillante y se abalanzó contra mí. Como pude me volví a zafar de aquellas mujeres, penetré en la cueva, no me quedaba otra alternativa, corrí y corrí. A mi paso por aquel conducto, veía con horror los esqueletos de personas que estaban pegados a la pared de la gruta. Sin duda eran de hombres. No se por qué, pero cuando entré no los vi. De repente, sentí algo pesado sobre mi cabeza, mis piernas y todo mi cuerpo se doblaron, un dolor inmenso invadió mi ser y no supe más de mí.

Después sentí que estaba allá arriba, como por encima de las cosas. Parecía que estaba con las nubes. Por abajo muy abajo, se distinguían los árboles, se veían las cimas de las montañas. Las aves volaban más abajo de donde yo estaba y allá, junto a la montaña, en la orilla de la carretera, se veía la laguna... La laguna encantada.

14

La Gruta de Las Campanas



Ese día habíamos salido de clases, cursábamos el segundo grado de secundaria y tendríamos dos semanas de vacaciones. Para festejar, decidimos visitar la gruta de Las Campanas que se halla muy cerca de Acatlima en la orilla de un arroyo que atraviesa la ciudad de Huajuapán de León. La gruta es pequeña pero tiene algo de magia y mucho en qué soñar. El sonido inconfundible de campanas naturales sólo lo podemos percibir en este lugar y no hay otro igual. Aquí la naturaleza quiere cantar y para que lo haga, se arrojan pequeñas piedras a las estalactitas que, como badajos, cuelgan de la bóveda de la gruta.

Era viernes. Nos dirigimos a las diez de la mañana a nuestro lugar preferido; no tardamos en llegar al arroyo. Al frente, Diego avanzaba con pasos rápidos y seguros demostrando con ello, gran ansiedad por conocer el lugar, pues no había tenido la oportunidad de apreciarlo y ahora era una gran ocasión. En seguida iba Rebeca y más atrás, en fila india por la ladera del barranco, caminábamos más tranquilos Alejandra, Rocío, Francisco y yo.

Cuando llegamos a la gruta principal, descansamos en ella y al mismo tiempo la admirábamos una vez más. Las muchachas arrojaban pequeñas piedras a las paredes de roca y se deleitaban con el suave sonido.

Diego muy emocionado disparaba el flash de su nueva cámara fotográfica y me pidió que le tomara una fotografía, que por cierto salió muy bien y tanto le gustó que después la amplió lo más grande que se pudo. En el retrato se veía galante con las manos en la cintura y a su espalda claramente se apreciaba la fantástica gruta de Las Campanas.

Después de contemplar la pequeña cueva tomamos algunos alimentos y mis amigos decidieron seguir explorando el lugar, barranca arriba. Alejandra y yo preferimos quedarnos para seguir disfrutando de la suave frescura de la gruta. Sería por los alimentos o por aquel lecho acogedor, que había momentos en los que me invadía un gran sueño pero podía más mi contemplación.

Recuerdo que me quedé mirando fijamente las caprichosas formas de la gruta, cuando detecté que una de ellas se movió, traté de aclarar mi vista y pude comprobar que en realidad aquella figura colgante se movía. Sin ningún temor me fui acercando lentamente y no podía dar crédito a lo que veía. Distinguí claramente que no era una figura, sino tres las que se movían. Fueron recobrando vida y con asombro pude observar que se parecían a una tortuga, una lagartija y una iguana. Estaban ahí, frente a mis ojos, quise hablar pero no pude, la voz se ahogaba en mi boca. Alejandra estaba inmóvil. Quieta como una roca. Quiso soltar el ramo de azucenas que tenía en su mano pero no pudo.

Aquellos animales no eran chicos, eran grandes y se notaban viejos, muy viejos.

No me di cuenta en qué momento llegaron mis amigos, cuando miré hacia atrás, ya estaban ahí, tan firmes como una estatua; Diego quiso activar su cámara pero no pudo, Alejandra no tuvo las fuerzas suficientes para seguir de pie y se desplomó pesadamente, los otros quisieron hablar pero también no pudieron, únicamente movieron sus labios.

Los animales no trataron de hacernos daño, sólo nos miraban, querían caminar pero como estaban colgados, lo único que movían ansiosamente eran sus patas delanteras, tal parecía que estaban aferrados con las patas traseras a la bóveda de la cueva.

Yo no sabía si atender a los animales aquellos o a mi amiga Alejandra que yacía en

el piso. Todos estábamos paralizados en aquel momento de suspenso. Los animales de la gruta seguían moviéndose como queriendo desprenderse de aquel techo rocoso y húmedo. Un aire fresco y pesado rebotó en la cueva y al momento se escuchó un fuerte tintineo de campanitas de cristal. Cerré los ojos. No supe por cuanto tiempo. Cuando mis ojos se abrieron, pude hablar y moverme. Con mi ruido, mis compañeros también hablaron y se movieron, excepto Alejandra que seguía en el suelo. Al instante la socorrimos. Diego le echaba aire con un libro, Rebeca y Rocío le sostenían la cabeza y yo le daba golpecitos con la palma de mi mano en la mejilla.

Por un momento nos olvidamos de aquellos animales. Alejandra no tardó mucho tiempo en recuperar el conocimiento. Cuando volvimos la mirada al lugar donde estaban los animales, ya no se encontraban, solamente se hallaban en su lugar, las tres figuras de estalactitas.

No podíamos volver a la normalidad, seguíamos tan sorprendidos como antes. Nos acercamos y tocamos las formaciones. Estaban tibias como nuestros corazones. Yo acaricié aquella materia calcárea y sentí una bella sensación, los demás hicieron lo mismo y dijeron que sintieron igual que yo. Volvimos a tocar a las esculturas naturales y percibimos un bello murmullo y otra vez apreciamos el agradable tintineo de campanitas de cristal. Todo era hermoso, sobrenatural, inigualable e indescriptible.

No supimos qué tiempo estuvimos apreciando aquello, salimos de nuestra admiración cuando el día se opacó y fue entonces cuando decidimos regresar a casa.

Aún en los viejos libros de Alejandra y en los míos, todavía se conservan los restos de las bellas azucenas de aquel día, mudos testigos de un suceso inolvidable.

Después volvimos al lugar durante muchas tardes. Mis amigos y yo dejamos de ir en conjunto cuando cada uno de nosotros se fue en busca de nuevos estudios a otras ciudades.

Muchas veces fui solo a visitar la gruta de Las campanas, pero no sentía lo mismo, hacían falta mis amigos. Hacía falta Alejandra.

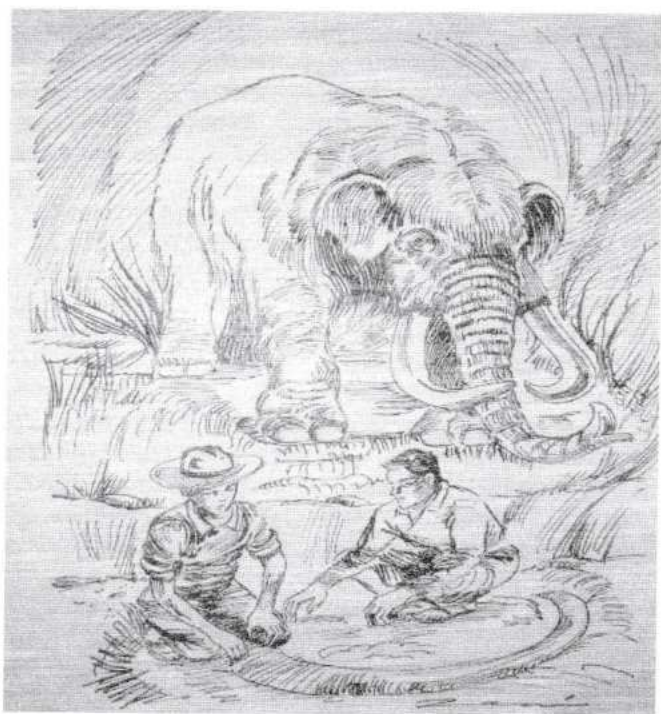
Una vez invité a otros compañeros pero nada era igual. Lo que sí sentí fue mucha rabia porque ellos eran unos inconscientes ya que pretendieron pintarrajar el lugar y todas las envolturas de sus despreciables golosinas las arrojaron al suelo. Hice un gran coraje y me tardé buen tiempo en recoger aquella basura. Ellos me tomaron a loco, a mí me dieron mucha lástima. Cómo pueden existir personas así, tan inconscientes. Desafortunadamente mucha gente de ésas ha visitado aquel sitio.

Cuando me escriben mis amigos, porque están muy lejos de nuestra Tierra del Sol, así le denominan a La Mixteca siempre me preguntan por nuestro bello lugar. Excepto Diego que desafortunadamente ya no volverá jamás a la gruta. No olvido el último día en que lo vi. Cuando llegué a su casa, Diego estaba ahí, en un ataúd que era del color de aquellas estalactitas y entre sus pies y las flores, estaba su fotografía, aquella que le tomé en la cueva; en la que se veía galante, con las manos en la cintura y a su espalda claramente se apreciaba la Gruta de Las Campanas.

Después de aquel suceso triste ya pasaron muchos días. Hoy estoy escribiendo sobre una tarjeta postal. Es un mensaje para Alejandra. Quiero que su hija, que algo tiene que ver con las azucenas que tenemos en nuestros viejos libros, conozca aunque sea en tarjeta postal, a la hermosa Gruta de Las Campanas.

15

El Fósil de Tequixtepec



Era una tarde del mes de febrero, el viento soplaba con fuerza y hacía llorar polvo a las ramas de los árboles casi secos de la calle. El polvo ennegrecido se revolvía incesante y un fuerte frío, penetraba por la piel erizada y empolvada. Algunos niños jugueteaban con sus papalotes, otros corrían tras un perro que en el hocico llevaba un trozo de palo y varios chiquillos más, con sus cuadernos bajo el brazo, se dirigían a sus casas. Tal parecía que el mal tiempo febrero loco no afectaba a los chicos, pero sí se ensañaba con los grandes.

Esa ocasión mis amigos y yo, después de haber hecho la tarea de la escuela, sin hacer caso al estado del tiempo, corrimos al pie del monte donde llevábamos varias tardes excavando en el lomo del barranco.

Llegamos y como topos nos arrojamos a la tierra amarilla, rascamos sin descanso y al caer la noche, regresamos a casa. Otra tarde sin hallar nada, una tarde más de desilusión. Pero no nos daríamos por vencidos, de eso estábamos muy seguros.

Al día siguiente volvimos a rascar la tierra, esa tierra de la que están llenos nuestros huesos, esos pigmentos amarillos que nos rasgaban las uñas y la piel y que se humedecían con cada gota del sudor de nuestra infancia. Antes de terminar la tarde, escuchamos el grito de Leandro, aquel grito que gratificaría nuestro esfuerzo. Tal parecía que ya habíamos encontrado algo.

Como locos corrimos a donde se encontraba nuestro amigo que estaba tan emocionado y casi desesperado nos señaló el hueco que había hecho en la tierra, de inmediato nos asomamos y pudimos notar que se veía la parte de un hueso, quisimos descubrirlo pero la obscuridad de la noche lo impidió. Lo volvimos a tapar con la tierra para que otros no lo vieran. Según nos habían dicho que donde había huesos podía haber oro o figuras de nuestros antepasados.

De regreso a casa comentamos muchas cosas, que si esto, que si lo otro, en fin, éramos unos niños y dábamos rienda suelta a nuestra imaginación. Fue entonces cuando recordamos lo que nos hizo excavar allá en el lomo del barranco, junto al pie del monte: las palabras de don Romualdo.

Recuerdo bien aquel día del mes de diciembre cuando nos encontramos en el cerro con don Romo, como cariñosamente lo llamábamos. Estaba sentado como iguana tomando el sol, al verlo nos acercamos y lo saludamos amigablemente ya que era una persona muy apreciada en el pueblo. Nadie olvida sus narraciones hermosas, sus sabios consejos y sus bellas canciones.

Después de devolvernos el saludo, sacó de su morral una hermosa figura de nuestros antepasados y nos la mostró.

La encontré allá abajo, en el lomo del barranco, nos dijo.

Después de hacerle varias preguntas, nos mencionó que si queríamos una figura igual que excaváramos allá abajo y que de seguro encontraríamos una. Agregó que él ya tenía varias y que las guardaría celosamente por si algún día se hacía un museo en Tequixtepec. El museo se hizo y es muy importante, pero desafortunadamente sus ojos ya no lo vieron.

Al día siguiente, con ansiedad, volvimos al lugar de nuestro hallazgo y con toda la precaución posible, fuimos descubriendo lentamente lo que se hallaba enterrado. Tardamos buen rato y aumentaba nuestra curiosidad cómo iba aumentando el tamaño del hueso aquel. Al terminar, no podíamos creer lo que estábamos viendo.

¡Era un colmillo gigante! Yo cálculo que medía aproximadamente un metro y medio, tal vez algo más. Era extraordinario, pero se veía muy frágil, en algunas partes tenía pegada la tierra hecha piedra. Al tratar de limpiarlo se desprendían algunos fragmentos y decidimos no seguir tallándolo.

Yo no había visto nunca un colmillo así, tan grande, tan raro. Pensamos que era de elefante porque ya habíamos visto varios en los libros. Se distinguía bien, era curvo y a pesar de ser tan grande casi no pesaba.

Recuerdo que nuestro amigo Valerio exclamó: ¡Estoy seguro que es de elefante!, ya fui a un circo y ahí sacaron un elefante que tenía dos colmillos, no eran tan grandes como éste, pero se parecen.

Pero aquí no hay elefantes, dijo Leandro.

Tal vez, hace tiempo vino un circo al pueblo y se les murió un elefante y aquí lo enterraron, agregué para participar en las suposiciones.

Estuvimos haciendo conjeturas durante un rato y al no encontrar alguna afirmación, decidimos regresar al pueblo con nuestro misterioso colmillo, de eso sí estábamos seguros, de que se trataba de un colmillo, no había duda.

Con mucho cuidado lo llevábamos al pueblo, lo cargábamos como si se tratara de un tubo de cristal y que en cualquier momento se nos podía romper; a pesar de que el pueblo no estaba tan lejos del lugar del hallazgo, nos tardamos buen tiempo en llegar.

La luz de las lámparas de la calle nos alumbraron cuando entramos al pueblo, un chiquillo que iba por la calle nos vio con nuestro cargamento extraño y corrió a comunicarles a otros niños. De repente observamos que nos daban alcance como ocho o diez niños que querían que les mostráramos lo que llevábamos. Después de saciar su curiosidad, nos acompañaron haciendo un gran alboroto. Alguien gritaba: "¡Miren lo que nos encontramos! ¡Es un colmillo!, ¡es un colmillo!".

La gente al escuchar el bullicio se asomaba por las ventanas o por las puertas de las casas y al vernos tan alborotados, creían que se trataba de una travesura más y ya sea por la indiferencia o por el frío, se volvían a encerrar. Nosotros, los tres amigos, ya íbamos sudando como allá en el lomo del barranco, pero en ningún momento descuidamos a nuestro colmillo; avanzábamos muy despacio y no queríamos que otros niños nos ayudaran por temor a que lo fueran a romper, si hubiéramos permitido que ellos lo cargaran, de seguro lo hubieran hecho pedazos y ahí hubiera terminado todo.

También recuerdo que un señor borrachito que iba por la calle, al vernos se acercó y al mirar nuestro objeto, se sacó el sombrero, se persignó, dijo algunas palabras y se unió a nosotros. Iba atrás del grupo gritando muy fuerte: "¡Ahí está la prueba!, ¡ahí está la prueba!". Levantaba su sombrero y lo movía de un lado para otro. Seguía gritando.

Llegamos a la casa de Leandro y sus familiares que ahí estaban, también se sorprendieron al observar lo que llevábamos. Uno de ellos propuso que sería bueno consultar con don Romualdo para saber de qué se trataba. Don Romo que tenía fama de intelectual, de seguro nos sacaría de dudas. Nosotros los niños propusimos que daríamos aviso a los maestros de la escuela.

Colocamos al colmillo sobre una mesa y adultos y niños nos sentamos en el patio. El borrachito aquel quería cantar y después pidió un trago, pero como no le dimos nada, se marchó diciendo que para qué lo habíamos invitado a la fiesta si no le dábamos algo.

Al arreciar el frío también nosotros nos fuimos.

Al llegar a mi casa ya todos sabían la noticia y me dijeron que al día siguiente llevara ante ellos al famoso colmillo para que lo observaran, no agregaron más y como ya era bastante noche, nos fuimos a la cama.

Ya acostado y antes de dormir pensaba: A lo mejor a un lado de donde estaba el colmillo, había un tesoro o figuras de nuestros antepasados, como la que nos mostró don Romo allá en el cerro. Lo bueno era que a nadie le habíamos indicado el sitio exacto de nuestro hallazgo.

Pensando esto me dormí y seguí soñando lo mismo. Soñé que estaba jugando en el centro del pueblo cuando vi que unos caballos iban arrastrando a un elefante muerto, el elefante iba dejando una marca en el suelo y levantaba mucho polvo, lo que me hizo reír después fue que el borrachito era quien arreaba a los caballos. ¡Qué sueño!, al fin sueño de niño. Hoy quiero soñar como en la infancia y no puedo, no sé por qué.

A la otra tarde llevamos el colmillo a mi casa y ahí llegó don Romo. No se me olvida cómo saludaba. Cómo nos trataba; esa vez llevaba galletas de animalitos en su morral, nos dio un puñado a cada niño y ansioso quiso que le mostráramos el polémico objeto.

Lo miró detenidamente, por un lado, por otro y respirando profundamente, con las manos en la cintura nos dijo: Muchachos... no se imaginan lo que han descubierto, en realidad es un colmillo de elefante, pero no de los que conocemos ahora, es mucho más antiguo: ¡un mamut!

¿Un mamut? ¿Y qué es un mamut?, preguntó Valerio.

¡Sí muchacho! Estamos hablando de un mamut, una especie de elefante de grandes colmillos y piel cubierta de pelo largo, que vivió hace miles o quizá millones de años y que ya no existe en nuestros días, respondió sonriente don Romo.

¿Y cómo eran de grandes?, interrogó Leandro.

¡Ay hijo!, eran tan grandes que medían tres metros y medio de altura..., o tal vez más, respondió cruzando los brazos.

Don Romualdo agregó: Miren muchachos, si quieren saber más, lo sabrán en la escuela, por el momento es todo lo que puedo decirles.

Creo que don Romo ya no sabía más del asunto.

Llegaron diferentes personas a observar el colmillo, curiosos e intelectuales y los letrados coincidían en que verdaderamente se trataba de una parte de mamut.

Entonces se hicieron algunas investigaciones para saber la procedencia de la extraordinaria pieza y lo que sí supimos, fue de que al colmillo no lo habían traído de otra parte. Ahí había estado durante mucho tiempo. ¿Quién iba a enterrarlo en ese lugar y con qué fin?

Para ese entonces, nosotros, Leandro, Valerio y yo, sin que nadie se diera cuenta, seguimos excavando en el lomo del barranco con la intención de hallar algo más, pero desafortunadamente ya no encontramos nada.

Al colmillo se lo llevaron unos señores para exhibirlo, creo que fue lo ideal ya que mi casa no era el espacio conveniente.

Cuando se llevaron el colmillo de mi casa, el viento ya no soplabla con fuerza y no hacía llover polvo a las ramas de los árboles casi secos de la calle. Ahora, había pasto verde y las plantas tenían flores, hasta los magueyes y los nopales. Fue por esos días, que difícilmente olvidaremos, cuando sufrimos la muerte de don Romo.

Recuerdo claramente el momento en que llegó Leandro a darme la mala noticia.

Se murió, me dijo y comenzó a llorar.

Cuando se tranquilizó pudo explicarme lo sucedido y sin pensarlo, corrimos a la casa de aquel señor, nuestro amigo. Nos dio demasiada tristeza al observarlo ahí sobre la mesa, como el colmillo lo estuvo alguna vez. Su morralito estaba colgado a un lado de la puerta, junto a su sombrero nuevo.

Al terminar el segundo rezo, nos acercamos a un señor que era sobrino de don Romualdo, le platicamos lo de la figura que allá en el cerro nos mostró don Romo y también le dijimos que eso fue motivo del encuentro con el colmillo extraordinario.

En ese morralito que está junto a la puerta, ahí cargaba dulces o galletas que nos daba, le dije sollozante.

Ahí llevaba la figura el otro día, agregó Valerio.

No se por qué, al señor y a nosotros nos nació la curiosidad de registrar el morralito.

El señor pidió permiso a la esposa de don Romo para hacerlo y fuimos los cinco a esculcarlo.

Casi salimos llorando al observar que dentro del morralito aquel, había una bolsita con dulces y envuelta en un pañuelo limpio, la hermosa figura de nuestros antepasados, aquella que nos mostró en el cerro.

Creemos que siempre la llevaba con él. ¿Para qué? No lo supimos. Sólo recuerdo que una vez nos dijo que la guardaría celosamente para cuando se hiciera un museo en el pueblo. El museo se hizo y don Romo ya no pudo entregar con sus propias manos la apreciada figura, pero se fue seguro de que alguien lo haría.

Ahora estoy aquí, se observa todo.

Con razón don Romo se tiraba en esta piedra para descansar y para mirar todo lo que está allá abajo.

Hoy no quiero ir al pueblo, prefiero seguir contemplando lo que se ve de aquí.

Es un decir. Pero por nada del mundo cambiaría a mi colmillo. Sé que me buscan, pero jamás me hallarán. No creo que rasquen bajo la tierra.

Senén de Jesús Acevedo Ramírez



Nació el 30 de julio de 1961 en La Junta, Huajuapán, Oaxaca.

Es profesor de educación primaria. Incursionó en talleres de creación literaria para adentrarse en la poesía y especialmente en el cuento. Así también, ameniza su vida con la composición musical donde es autor de algunos temas grabados con marcas y grupos reconocidos tanto en México como en Estados Unidos.

Actualmente recibe con esmero los regaños del escritor y periodista Cuauhtémoc Merino, para que pueda enderezar estos *renglones torcidos* que manifiestan la inquietud que tiene por el cuento, ya sea en Oaxaca de Juárez o en Cuautla, Morelos. Ahora, con la segunda edición de *Canasta de cuentos mixtecos*, pretende seguir haciendo amigos más allá, adonde la primera edición no llegó.

INDICE

Liminar	I
Presentación	III
Prefacio	IV
El cerro de Las Minas	1
La Presa Yosocuta	6
En el País de Las Nubes	12
El Boquerón	17
La Laguna de Cuautepec	22
El Yacunitzá	27
La Peña Rajada	32
El Cerro de La Soledad	39
El Templo de La Junta	44
El Jinete del Yacunitzá	49
La Laguna de Camotlán	55
El Cerro del Sombrero	60
La Laguna Encantada	65
La Gruta de Las Campanas	72
El Fósil de Tequixtepec	76



CENTRO DE INVESTIGACIONES Y SERVICIOS

Este libro se imprimió en Agosto de 2005
en los talleres de: Serigrafía e Impresos "Libra"
Ignacio Maya No. 91-C Col. Emiliano Zapata,
H. H. Cautla, Morelos.
Tel. (01 735) 3 52 33 34, 3 54 52 23
e-mail:serigrafiaeimpresoslibra@hotmail.com



En la convivencia del hogar tradicional mixteco, sobre todo en el momento de compartir los alimentos, no puede faltar como sobremesa el relato o cuento de los abuelos, quienes de esta manera nos dan a conocer las historias orales, características de la región Mixteca Caxaqueña. De los lugares maravillosos surgen la verdad y la fantasía. Muchos de estos lugares son tan fantásticos que parecen extraídos del escenario de un cuento, y si son tan extraordinarios, ¿por qué no sustraerles lo mágico?

Los relatos aprendidos cuando niño, sirvieron de germen a la imaginación de *Senén de Jesús Acevedo*, quien ahora como profesor de educación primaria, recrea esos relatos, como una forma de animar e inducir al gusto por la lectura a sus alumnos y en esa responsabilidad, aunada a su origen, ha encontrado en la narrativa y el cuento uno de los mejores instrumentos para cumplir con una parte de su misión profesional.

Canasta de cuentos mixtecos tiene el propósito de difundir un sentimiento regional por medio de la narración, con textos de prosa sencilla como sencilla es nuestra tierra y sencilla es nuestra gente. En sus páginas, da vida a personajes míticos que en un algún lugar del tiempo dieron origen a la otrora esplendorosa civilización *ñuu savi*; pero además, a través de la imaginación de su autor nos lleva a un recorrido por una mínima parte de los lugares más conocidos y frecuentados por los habitantes de la región.

